

“Darwinismo y religión”

p. 139-204

Roberto Moreno

*La polémica del darwinismo en México
Siglo XIX. Testimonios*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1989

386 p.

Figuras

(Serie de Historia de la Ciencia y la Tecnología 1)

ISBN 968-837-284-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de septiembre de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/203b/polemica_darwinismo.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



2. DARWINISMO Y RELIGIÓN

(La polémica entre *La Libertad* y *La Voz de México*, 1878)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



Nota del Editor. Para la comprensión cabal de la polémica que se transcribe a continuación y de un aspecto desconocido de la obra de Justo Sierra es de la mayor importancia hacer aquí una disquisición bibliográfica sobre el texto *Compendio de historia de la antigüedad*, cuyos párrafos darwinistas en las dos primeras entregas (dos pliegos) motivaron la agresión del periódico católico *La Voz de México*.

Edmundo O'Gorman publicó en 1948 el *Compendio* como volumen décimo de las obras completas del maestro Sierra que auspició la Universidad Nacional Autónoma de México.¹ Advirtió el editor un problema bibliográfico que no pudo superar sino con una audaz y no del todo desencaminada conjetura dados los medios de que dispuso. Es el caso que ciertas bibliografías daban cuenta de dos ediciones del *Compendio de historia de la antigüedad* con el mismo título pero publicadas la una en 1879 en la Imprenta de José María Sandoval y la otra en 1880 en la Imprenta de la Libertad. Como O'Gorman no logró encontrar la edición de 1879 (que yo llamaré *Compendio 1879*) puso en duda su existencia, para lo cual se valió de los siguientes hechos y conjeturas:

1. El proemio del *Compendio 1880* está fechado en 1878, año, dice, del nombramiento de Sierra como profesor de historia y cronología de la Escuela Nacional Preparatoria.²
2. Justo Sierra decidió publicar su libro por entregas —haya estado todo escrito o no— lo que se comprueba por la polémica que suscitó *La Voz de México* a partir del 25 de enero de 1878.
3. El hecho de que el periódico católico mencione la obra como *Compendio de historia general* “no significa que se trate de obras distintas”.

¹ Justo Sierra, *Historia de la antigüedad*. Edición de Edmundo O'Gorman. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948 y 1977.

² En realidad el nombramiento es de 1877, lo que podía haberse deducido de que la portada del libro censurado por el periódico *La Voz de México* del que acusó recibo el 5 de enero de 1878 le daba ya tal carácter. O'Gorman seguía la información que era general. Ernesto Lemoine, *La Escuela Nacional Preparatoria en el periodo de Gabino Barrera, 1867-1878. Estudio histórico. Documentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970, p. 151 da la fecha correcta del nombramiento de Sierra: 18 de abril de 1877.



4. Por el análisis del texto del artículo de *La Voz de México* y su cotejo con el *Compendio* 1880 encuentra O'Gorman que "el contenido de las dos primeras 'entregas' [únicas aparecidas al momento de la crítica] es el mismo que el de las páginas iniciales del *Compendio de historia de la antigüedad*, pero al mismo tiempo muestra que el autor modificó, en vista de los ataques, la redacción primitiva".

5. Conjetura O'Gorman que Sierra, sensible a los ataques, suspendió la edición *periódica* del libro y que de la existencia de aquellos primeros dos pliegos proviniese la confusión que originó "el registro de la supuesta primera edición". Se hace cargo de la objeción de que la portada, según *La Voz*, era *Compendio de historia general* y no ... *de la antigüedad*, pero opina que, como es la misma obra, era fácil la confusión.

6. Justo Sierra habría impreso, pues, con el nombre de *Compendio de historia de la antigüedad* en la imprenta de La Libertad y en 1880 una sola obra, con la modificación del primer pliego tan censurado, lo que se comprueba porque las primeras 16 páginas tienen tipo distinto al resto de la obra.

7. En suma, de la edición de 1879 no existirían sino los primeros pliegos y debe considerarse "primera y única" edición el *Compendio* 1880.

Adelante veremos cómo O'Gorman se acercó mucho a la verdad. Sin embargo, el hecho es que la edición del *Compendio* 1879 sí existe.

En 1969 apareció el meritorio trabajo bibliográfico sobre Justo Sierra que prepararon con el mayor rigor José Ignacio Mantecón (q.e.p.d.), Irma Contreras e Ignacio Osorio.³ Allí se registra, en la entrada II 580, el *Compendio* 1879. Los autores ponen en nuestro conocimiento los hechos siguientes:

1. Al reabrirse los acervos de la Biblioteca Nacional y mediante el auxilio de los catálogos de José María Vigil encontraron el *Compendio* 1879.

2. El *Compendio* 1879 tiene el mismo tipo de letra desde la página 1 a la 256, última página ésta del 16º pliego.

3. A partir del 17º pliego y página 257 cambia el tipo, que es el mismo de los dos primeros pliegos, páginas 1-32, del *Compendio* 1880.

4. "De la confrontación de las dos versiones se desprende que se reimprimieron los dos primeros pliegos y mantuvieron los restantes. El cambio de letra a partir del pliego 17 nos conduce a considerar como muy probable que en el año de 1878 se imprimió hasta la página 256 y el resto entre los años de 1879 y 1880." A la vista de las variantes resuelven no llamar al *Compendio* 1880 nueva edición sino versión.

³ José Ignacio Mantecón Navasal, Irma Contreras García e Ignacio Osorio Romero, *Bibliografía general de don Justo Sierra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.



5. En suma, para los distinguidos bibliógrafos que sigo existen dos versiones con dos tipos de letras: el que podríamos llamar tipo A usado en el *Compendio* 1879 desde la página 1 a la 256 y en el *Compendio* 1880 en las páginas de la 33 a la 387 y final; y el tipo B que aparece en las páginas 257 a 387 y final del *Compendio* 1879 y en los dos primeros pliegos, páginas 1 a 32 del *Compendio* 1880, de lo que infieren que dos versiones distintas se imprimieron en 1878 hasta la página 256 y se uniformaron en 1879 a partir de la página 257.

Estos autores transcriben las variantes que existen en las primeras 11 páginas, que, como no atinentes a mi tema, no menciono detalladamente.

El problema grave es que hubo aun *una tercera versión de los dos primeros pliegos*, que obviamente antecede a las ya conocidas y de la que yo no he podido hasta el momento encontrar un ejemplar, pero puedo probar su existencia y, lo que más interesa, que fue precisamente su defensa entusiasta de las tesis darwinistas la causa principal de su desaparición.

En efecto, basta el cotejo realizado por Mantecón, Contreras y Osorio para convencerse de que las variantes entre los *Compendios* de 1879 y 1880 son menores, simplemente de mejoría en la redacción. Pero si se recogen con cuidado los fragmentos que transcribe o glosa *La Voz de México* del *Compendio de historia general* que critica (al que llamaré *Compendio* 1877 por lo que adelante se dirá) se descubren variantes de fondo (y de fondo darwinista) que obligan a admitir la existencia de la tercera versión. Veamos los hechos:

1. El primer artículo de *La Voz* contra el texto de Sierra, sobre los dos primeros pliegos, lo describe bibliográficamente como *Compendio de historia general por Justo Sierra, profesor de cronología, historia general y particular en la Escuela Nacional Preparatoria*. La crítica apareció el 25 de enero de 1878, aunque veinte días antes habían acusado recibo, de lo que se infiere lo siguiente:

a. Los dos primeros pliegos (32 páginas) llevarían una portada, así fuera provisional, que explícitamente distingue a este texto de los *Compendios* 1879 y 1880 en que es de "historia general" y no solamente de la antigüedad. Aunque me hago cargo del argumento de O'Gorman de la posible confusión, creo que no existió tal y que realmente no se necesita de esa hipótesis, por lo que adelante diré.

b. Llevara o no fecha en la presunta portada, es difícil que el periódico católico diera cuenta e hiciera la crítica de un libro empezado a imprimir y a distribuir cinco días antes, por lo que es casi seguro que tenemos que retraer a los últimos meses de 1877 la impresión de las primeras entregas. En abono de esta hipótesis milita el hecho del nombramiento de Sierra como



profesor en abril de 1877: seguramente con tal motivo comenzó a escribir el libro y a darlo a las prensas por entregas. Por eso lo llamo y llamaré *Compendio 1877*.

2. El texto de la crítica revela inmediatamente que es distinto de las dos versiones de 1879 y 1880 específicamente en el planteamiento de las tesis evolucionistas y en algún ataque contra los fundamentos bíblicos del catolicismo, lo que se muestra con pocos ejemplos de frases y párrafos que no existen en ellas:

a. Se duelen en *La Voz* de que en el texto de Sierra se afirma que la narración bíblica no presenta hechos revelados sino “*una sublime concepción de los hebreos*” que en detalles sólo tiene “*alguna conexión con las hipótesis de la ciencia moderna*”.

b. Señalan también que Sierra comenta que el Génesis está en contradicción con la ciencia moderna y que se olvida que en la “anterior página ha declarado el escritor su *absoluta incompetencia* sobre una cuestión en que las conjeturas (las simples conjeturas) libran *un combate que no parece por cierto próximo a su fin*.”

c. Otro párrafo importante que critican es cuando Sierra, ante la duda del origen del movimiento y las leyes universales, escribió la frase que transcriben: “Más allá del movimiento ¿qué hay? La ciencia se abstiene de responder, el más allá es lo *inconcebible* dice la filosofía, la religión dice *más allá es Dios*.”

d. En cuanto al origen del hombre dicen: “Después de exponer la teoría de Haeckel según la cual el hombre procede originariamente de las *larvas intestinales, de los gusanos o de los peces* y entre éstos en particular de los ajolotes, dice el señor Sierra: ‘Esta reconstrucción (¿?) de nuestra genealogía debe seguramente desecharse por ahora, no porque nos haga descender de los ajolotes ni de los *catherynos*; no debemos cifrar nuestro orgullo más bien en el *barro* que en seres organizados... sino porque la mayor parte de los datos que han servido de base a esta reconstrucción son simples conjeturas’.”

e. Sierra, según *La Voz de México*, se ocupaba de la *edad prehistórica* y decía: “*de todos modos puede asegurarse* que el hombre existía ya en el periodo llamado diluviano lo que hace ascender su edad a más de *cien mil años*...”

3. Lo significativo no es solamente que todas estas frases —sobre todo las subrayadas por el periódico católico— no existen en los *Compendios 1879 y 1880*, sino que en la polémica que a continuación se suscitó con Sierra, su hermano y sus colaboradores en el periódico *La Libertad*, éstos no se quejaron de las transcripciones de los católicos, esto es, no los acusaron de falsarios y



de haber inventado textos, sino simplemente de no haberlos entendido. Por cierto, ellos también llaman al texto *Compendio de historia general*.

Queda por lo expuesto y con solamente algunos ejemplos demostrado con toda evidencia el hecho de que existe una tercera versión no conocida de los dos primeros pliegos —o del primero, como se verá— del *Compendio*. Resta dar una hipótesis que incluya todos los hechos conocidos. A mi entender, la cosa puede quedar así:

1. En abril de 1877 Justo Sierra fue nombrado profesor de historia en la Escuela Preparatoria y resolvió, voluntariamente o por encomienda, escribir un texto para su curso, a lo que puso manos de inmediato.

2. A finales de 1877 estaban impresos a lo menos los dos primeros pliegos, el primero de los cuales cargaba un poco la mano en los aspectos darwinista y anticatólico.

3. Estos dos primeros pliegos (32 páginas), con una portada que expresamente diría ser *Compendio de historia general*, pues tal sería el propósito, empezaron a circular como entregas a finales de 1877 o primeros días de enero de 1878. Tenían estas páginas una tipografía con letra que designamos arriba como tipo B.

4. El tiraje de la parte ya escrita debió continuarse a lo largo de 1878, independientemente de las críticas, hasta la página 256 y 16º pliego, aunque quizá ya no circularon las entregas.

5. Ciertas circunstancias, de que hablaré más abajo, convencieron a Sierra de la prudencia de autocensurarse y cambiar sus tesis evolucionistas y anticatólicas por una versión más moderada.

6. Escrita la versión “moderada”, se imprimieron los dos primeros pliegos, si hemos de seguir a Mantecón, Contreras y Osorio, o solamente el primer pliego (16 páginas) si hemos de fiarnos de lo asentado por O’Gorman y de nuestra propia consulta de los libros, en el tipo que hemos llamado A.⁴

7. Esta primera versión “moderada” lleva un proemio firmado en 1878 que específicamente dice que “puede considerarse como una primera parte de un compendio de historia general” y promete unas tablas sincrónicas, que no incluye. Es obvio que cambió el título original por el de *Compendio de historia de la antigüedad*. Es éste el *Compendio* 1879, que lleva pie de la Imprenta de José María Sandoval.

⁴ No me parece prudente dudar de lo asentado por Mantecón, Contreras y Osorio sobre la existencia de ejemplares del *Compendio* 1880 con dos pliegos en tipo distinto. Es perfectamente posible que, en la virtud de que sólo el primer pliego requirió de censura, se hubieran aprovechado los sobrantes del segundo pliego, ya que en éste no hay cambios.



8. A juzgar por la tipografía, los pliegos del 17º y página 257 al 27º pliego y final se imprimieron en la Imprenta de La Libertad.

9. Con esto tenemos una sola versión a partir del tercer pliego, pero dos tipos de ejemplares: el que parece haber sido concluido a toda prisa en 1879, con los dos pliegos en la tipografía B y otro, quizá con los sobrantes de los pliegos no distribuidos, con el tipo A, que lleva pie de 1880, suprime algún párrafo y corrige algunas frases, lo que explica las variantes menores de texto recogidas por Mantecón, Contreras y Osorio.

10. En suma, nos encontramos frente a una sola edición con tres versiones de los primeros dos pliegos. Los cambios de tipografía se pueden explicar porque Sierra usó de dos imprentas.

Resta ahora decir algo sobre el problema de la desaparición de los pliegos darwinistas. Es seguro, vista la polémica que se transcribe a continuación, que no fueron las razones ni la virulencia de los católicos la causa *directa* de la autocensura de Sierra. Parece, más bien, que hubo una causa proveniente de mano poderosa. Uno podría sentirse inclinado a inculpar a Barreda, dado su antidarwinismo positivista, pero hay hechos que resultan desconcertantes. Según demuestra con agudeza Lemoine, la estrella política de Gabino Barreda como director de la Preparatoria había iniciado su ocaso desde finales de 1877: Porfirio Díaz, por intermedio de Ignacio Ramírez y Protasio Tagle (ministros sucesivamente de Justicia), quería eliminar de su cargo al educador positivista. El 28 de febrero de 1878, unos veinte días después de la polémica entre católicos y darwinistas, logró Díaz sacar a Barreda de la escuela con un nombramiento harto honorífico en Alemania.⁵ ¿Tuvo algo que ver en la decisión final del presidente el alboroto armado por los católicos contra la Preparatoria y en particular contra el primer pliego del texto oficial de historia? La auto-censura de Sierra así parece insinuarlo.

Si esto último fuera cierto, el antidarwinista Barreda se transformaría, muy a su pesar, en un indirecto mártir del darwinismo mexicano; en tanto Sierra, dando marcha atrás, se encumbraría muy alto, dejando "la lira [y las osadías evolucionistas] en la puerta del Congreso".

•

A continuación se transcribe la versión ya censurada de los párrafos darwinistas de Sierra que, de cualquier forma, fueron en los que abrevaron los alumnos de la Escuela Preparatoria por muchos años.

⁵ Lemoine, *op. cit.*, p. 119-123.



JUSTO SIERRA

COMPENDIO DE HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

1. *La creación*

Las hipótesis científicas sobre el origen del universo, que respetables conocedores creen conciliables con el Génesis [según la Biblia] se deben principalmente a Kant, a Herschel y, sobre todo, a Laplace. Según ellos, en un momento de la duración infinitamente lejano de nosotros, todo el universo era un caos gaseoso, en que estaban confundidos todos los materiales que existen hoy en la tierra y en los astros, a un grado extraordinariamente alto de temperatura. El movimiento existía ya. La rotación de aquella masa infinita dio lugar a la formación de grupos que fueron concentrándose, individuándose, según una expresión de la escuela evolucionista. Se formaron así los sistemas de astros; tal fue el origen de nuestro sistema solar. El núcleo de nuestra gran nebulosa cósmica (el sol actual), animado del movimiento inicial, siguió girando en torno de su centro de atracción perdido en el infinito y empezó el de rotación sobre sí mismo, en virtud de una ley mecánica; esto dio origen a una serie de disgregaciones en la masa nebulosa, se formaron anillos que marcaban la órbita futura de los planetas, y en torno de estas porciones, que a su vez se iban condensando, se formaron los satélites. ¿Los grandes anillos cósmicos de Saturno, nos presentan un ejemplar de satélites en vía de formación? Quedaron, pues, encadenados los satélites a los planetas, éstos al sol, el sol a otro sol, y así sucesivamente en una serie inimaginable de movimientos. La condensación con desprendimiento de calor, hizo incandescentes aquellas mismas esferas giratorias; la irradiación del calor aumentó la condensación, y en cada uno de aquellos cuerpos empezó a formarse una costra sólida.

Vengamos a la tierra. La costra sólida, siguiendo en virtud de la ley de gravitación al núcleo incandescente de nuestro planeta en su movimiento reciente de condensación y reducción, se cubrió de grietas por donde la sustancia central brotaba, solidificándose a su vez, se fue así consolidando la



costra terráquea. El enfriamiento continuó hasta el punto en que ciertas materias en suspensión en la atmósfera pudieron pasar al estado líquido. Empezaron las lluvias seculares y los sedimentos aglomerados sobre la superficie del globo fueron engrosando la periferia terrestre. Los periodos geológicos habían comenzado: cada uno de ellos está caracterizado por los terrenos que los forman y los animales y las plantas que los cubren (hoy fósiles). Como estas especies han desaparecido casi en su totalidad, el gran naturalista Cuvier quiso explicar este hecho por medio de grandes revoluciones periódicas que aniquilaban una serie de la creación para empezar otra; doctrina que ha desaparecido gracias a los estudios de Lyell. Este sabio demostró que las mismas causas hoy en acción en la tierra, han podido ir reproduciendo todos los cambios que registra la geología en una incalculable serie de años. Estos periodos se dividen así: Primer ciclo: edad arqueolítica, primordial. De los acranianos y de las algas. Periodos laurenciano, cambriano y siluriano. Segundo ciclo: edad paleolítica, primaria. De los peces y de los helechos. Periodos devoniano, carbonífero y permiano. Tercer ciclo: edad mesolítica, secundaria. De los reptiles y de las coníferas. Periodos triásico, jurásico y cretáceo. Cuarto ciclo: edad cenolítica, terciaria. De los mamíferos y árboles de hojas caducas. Periodos eoceno, mioceno y plioceno. Quinto ciclo: edad antropolítica, cuaternaria. De los hombres y árboles cultivados. Periodos glaciario, postglaciario, de la civilización.

2. *La vida. El hombre*

Existe una teoría que pretende explicar el origen de la vida por la simple transformación de los elementos físico-químicos en un organismo rudimental de donde provinieron las larguísimas series del mundo vegetal y animal. Sabios de primer orden rechazan aún esta teoría, combatida hasta hoy victoriosamente en el campo de la experimentación con los capitales trabajos de Pasteur, Tyndall y otros que han demostrado que aún no se ha presentado a la consideración de los sabios un verdadero caso de generación espontánea. Darwin y sus discípulos sostienen que la explicación científica del origen del hombre estriba en lo que se llama la transformación de las especies; suponen que unas especies simples se han ido transformando en otras más complejas, en virtud de la "selección natural", que consiste en que los individuos más aptos han ido sobreviviendo a los menos aptos, en "la lucha por la existencia", y de la unión de los mejores han nacido seres a quienes por "la herencia" se han transmitido las cualidades de los padres, cualidades que han tendido sin cesar "a adaptarse al medio ambiente". Partiendo de esas bases,



los darwinistas se han creído autorizados para afirmar, a pesar de las protestas de muchos hombres de ciencia, que el hombre y el orangután descienden de un padre común.



LA LIBERTAD:

EL PORVENIR DE LOS GORILAS

Se ha observado, de algunos días a esta parte, inmensa fermentación entre los gorilas, pueblos peludos descubiertos hace algunos años por el intrépido viajero *Du Chaillu*.

A fuerza de oír de boca de los viajeros más ilustrados que el hombre desciende del mono, y que una galería de retratos de antepasados no está completa mientras no se cuelgue al lado de los caballeros cubiertos de hierro de pies a cabeza y de los marqueses empolvados, dos o tres efigies de orangutanes, los gorilas se han decidido por unanimidad a reivindicar sus derechos de paternidad sobre el hombre.

—Somos los señores legítimos del mundo, vociferan lanzando rayos de sus sanguinolentos ojos, somos los hombres primitivos; vamos a reconquistar nuestros derechos primordiales sobre nuestros bastardeados descendientes. Dicen que la especie humana está degenerando: demostraremos lo contrario en la Academia de Ciencias.

¿No sabéis lo que son los gorilas? Mocetones de tres varas de alto, de los cuales, cada uno es capaz de luchar con una docena de gladiadores de los tiempos antiguos, o con un centenar de maromeros de la actualidad; no hay uno solo entre ellos que no sea capaz de arrancar de sus cimientos la torre de cualquiera catedral, aun cuando sea gótica, sin hacer mayores esfuerzos que los que nosotros empleamos para arrancar de la tierra una hierbecita del campo; las balas de todos los *chassepots* posibles e imaginables se aplastarían en su pecho, que equivale a un escudo.

Ni el lujo ni el deleite han enervado a nuestros verdaderos antepasados; y los doce trabajos de Hércules son juegos de chiquillos para estos privilegiados de la humanidad.

Son nada menos que un millón y medio de individuos, y se entienden entre sí con una armonía que envidiarían nuestros diputados.

Imaginaos lo que sucederá, si, según todas las probabilidades, el mundo civilizado se convierte en el punto objetivo de sus esfuerzos.



¿Cómo defendernos de ellos si son irresistibles?

“Nuestra patria legítima, decían al viajero citado ya, es el país que los hombres ocupan, y en donde han sido reconocidos ya nuestros títulos de nobleza, y el verdadero origen de la humanidad.

“Tenemos el deber de ir a dar las gracias a los materialistas, y a intimidar a los clericales.

“Puede contar con nosotros el partido del porvenir. Nos proponemos rehabilitar a la naturaleza, calumniada indignamente por esos elegantuelos que se pasean por las ciudades del día, ridículos abortos que, para ser engendros, necesitarían haber sido engendrados con algo de buena voluntad.

“Relegados hasta hoy día muy lejos de la sociedad de nuestros descendientes, tan indignos de nosotros y de las virtudes de sus abuelos, queremos gozar a nuestra vez de los beneficios de la civilización moderna.

“Temblad, ridículos Lovelace, que abandonáis el campo de batalla a la tercer escaramuza. Si Mesalina, a quien, por otra parte, despreciamos, como merece, hubiese tenido el honor de conocernos, Juvenal habría roto su pluma antes de escribir su famoso verso:

(Aquí los gorilas echaron tres latinajos que no hemos podido recordar)

“Nos proponemos enseñar a estos ridículos hombres lo que es salud, lo que se llama vigor.

“No tenemos necesidad de leche de burra y nos burlamos de esos famosos baños hidroterápicos, que dizque dan fuerza y robustez a los muñecos humanos.

“La sociedad, tan profundamente minada en sus principios vitales no puede reconstituirse sino aliándose con los gorilas. No hay que indignarse, señores aristócratas, cada uno de nosotros vale por cien de esos elegantillos que no pueden con sus huesos y con su fatuidad . . .

“No nos preguntéis, banqueros millonarios, en dónde están nuestros talegos; nuestra riqueza es nuestra sangre, sangre más rica en fierro que los confites de Gelis y Comte que dais a tragar a vuestras escualidas hijas.

“Tranquilizaos, vamos a hacerlas felices. Si nos tomáis por licenciosos, os engañáis; no somos enemigos del orden ni de la familia: nos basta con la monogamia. Si alguno de nosotros es alegre de cascos, nos proponemos enviarlo a Oriente, en donde, a causa de los rusos, escasean tanto los hombres, y que bien necesita ser regenerado, supuesto que lo denominan *el hombre enfermo*.

“Allí organizarán algunos *harems* formales, y podemos asegurar que al ver su hercúleo comportamiento, las turcas se pondrán una *idem* de amor, y excl-



marán entusiasmadas, recordando a sus amantes tantas veces traicionados por su buena voluntad:

—“¡Hasta que nos encontramos con hombres!”

Javier Aubuet

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 6 de enero de 1878, núm. 2, p. 1-2.]



LA VOZ DE MÉXICO:

EL DARWINISMO

La ciencia moderna, que va haciendo tan asombrosos descubrimientos aunque bien a bien no acaba de fijar la ilustre ascendencia de sus doctores pues unos se suponen entroncados directamente con los ajolotes y otros con el mono, acaba de obtener (la tal ciencia) un testimonio público del aprecio que merecen las monadas. He aquí lo que leemos en un periódico.

“Todos saben que el sabio Darwing *(sic)* se ha hecho notable por sus célebres teorías sobre el origen del hombre, a quien hace descendiente del orangután. Es decir que, como asegura la protagonista de la comedia ‘Memorias íntimas’, el hombre no es más que un macaco perfeccionado. Pues bien, en la Universidad de Cambridge acaba de tener efecto la solemne ceremonia de conferir al célebre Carlos Darwing la investidura de doctor de aquel renombrado establecimiento literario, distinción que sólo se concede a los más eminentes personajes.

“Pero uno de los adversarios acérrimos del *transformismo* tuvo la humorística ocurrencia de hacer bajar por la cúpula del gran salón de grados, en el momento en que la ceremonia de la investidura se verificaba, un soberbio mono que llevaba al cuello un cartón con la inscripción siguiente: ‘El eslabón que faltaba’.

“Inútil es manifestar la risa y el jolgorio que esta aparición causó entre la respetable concurrencia.”

No se dice si el doctor aquél estampó un ósculo fraternal en las peludas mejillas de su congénere.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 20 de enero de 1878, núm. 17, p. 3.]



LA VOZ DE MÉXICO:

UN NUEVO LIBRO DE TEXTO EN LA ESCUELA PREPARATORIA

Hace pocos días llegaron a nuestras manos las dos primeras entregas del *Compendio de historia general por Justo Sierra, profesor de cronología, historia general y particular en la Escuela Nacional Preparatoria*. Desde luego nos propusimos examinar esa nueva publicación que daría a conocer la clase de enseñanza que en uno de los ramos más importantes del saber humano recibe la juventud en el instituto nacional.

De temer era que un estudio que tiene relaciones tan estrechas con la filosofía, la religión y la moral, adoleciese allí de los radicales vicios que traen consigo los errores del positivismo y sus consecuencias. Desgraciadamente nuestros temores no salieron vanos, y el poco material que comprenden las 32 páginas que hemos visto es suficiente para marcar el carácter de las doctrinas y hacer las apreciaciones científicas de la instrucción que en aquel establecimiento se imparte en asunto de tanta trascendencia. Bajo el aspecto religioso, desde sus primeras páginas la encontramos explícitamente anticatólica, y por lo mismo, objeto de las prohibiciones de la Iglesia y digna de la reprobación de todo el que no quiera abjurar sus creencias católicas; y bajo el aspecto científico, ofrece tales aberraciones, que merece la más severa censura de la verdadera ciencia. Escogiéndose para exponer allí las más extravagantes teorías de la utópica escuela darwiniana, positivista e incrédula por sistema, se puede ver que las pocas afirmaciones propias de la obra son erróneas y a veces contradictorias, y que en último término nada explican de cuanto se presenta como objeto de las elucubraciones de los sabios allí citados como oráculos de la ciencia moderna. Nos es sensible el tener que expresarnos con todo el rigor de la verdad; pero ésta tiene respecto de los escritores el carácter de una deuda sagrada para con la sociedad en que viven y aun para el mundo entero.

Que la doctrina expuesta en el nuevo compendio de historia ataca directamente al catolicismo no sólo se infiere del espíritu enteramente racionalista que allí domina, sino de la expresa negación que se hace del carácter divino de la Sagrada Escritura, carácter que constituye un dogma fundamental para



el catolicismo. Según el texto de la Preparatoria, la narración de la Biblia sobre la creación del mundo no nos presenta hechos revelados, no es una enseñanza de Dios que no puede engañarse ni engañarnos, y único testigo a la vez que autor de lo que pasó antes de la existencia del hombre, sino solamente *una sublime concepción de los hebreos* que sólo tiene en sus detalles *alguna conexión con las hipótesis de la ciencia moderna*. Y se debe advertir desde luego que para derribar de un solo golpe y con una sola plumada esa creencia universal, sólo se cuenta con las puras *hipótesis* de la ciencia moderna y que al asegurarse a renglón seguido, que el Génesis está en contradicción con esa ciencia, se ha olvidado bien pronto que en la anterior página ha declarado el escritor su *absoluta incompetencia* sobre una cuestión en que las *conjeturas* (las simples conjeturas) libran *un combate que no parece por cierto próximo a su fin*. De una parte, pues, la verdad católica, y las creencias cristianas y aun paganas, y de otra las hipótesis, y las conjeturas muy *distantes de resolver nada*, el autor se decide por éstas para decir con afirmación absoluta, que el Génesis está en contradicción con la ciencia moderna.

Esto bastará a un católico para considerar la obra como una más que se añade al catálogo de las heréticas y de las irreligiosas que se han escrito y se escribirán hasta el fin de los siglos, para combatir en su doctrina a la Iglesia de Jesucristo. El divino fundador del cristianismo dejó predicha esta incesante lucha; pero igualmente anunció que la verdad siempre saldrá triunfante y esto ha de suceder a pesar de todo el aparato de ciencia y de progreso con que se le combate.

Bajo el carácter científico esa nueva producción de la escuela anticatólica no resiste el más ligero examen, sin manifestar en el acto que allí la verdadera ciencia sufre en cada página rudísimos golpes.

Ya nos habíamos imaginado que de las oscuridades geológicas, del carácter *conjetural* de la cosmogonía, de falsas apreciaciones arqueológicas y de fantásticos cálculos en cronología, armas acogidas con avidez por los escritores de la última época que se empeñan en vano en combatir la *Biblia*, es de donde podría sacar la falsa ciencia esos argumentos *conjeturales* con que la impiedad ataca las creencias cristianas. Pero sabemos también, que la verdadera ciencia, la de Cuvier, de Champolion y de otros ilustres naturalistas siguiendo su camino de observaciones naturales y de aquella investigación imparcial que no lleva preocupación ni consigna alguna, llegaron a conclusiones, que sin ellos advertirlo, se hallaban en conformidad absoluta con la *Biblia*. Pero hoy se desecha a Cuvier para lanzarse en lo ideal y en lo fantástico en ciencias que son de verdadera observación y en el sistema que se exhibe en la obra de estudio de la Preparatoria, y que se llama *evolutivo*, la cosmogonía parte de un *caos gaseoso*



y de *un movimiento ya existente* y de ciertos *centros de atracción y leyes de mecánica*. Pero como todo es para explicar el origen y la formación del mundo sin necesidad de la *voluntad divina*, y apartándose de la *Biblia*, nos ocurre desde luego preguntar ¿de dónde vino ese caos gaseoso? ¿Quién imprimió a la materia ese movimiento o la dotó de esa fuerza de atracción? ¿Por quién le fueron impuestas esas leyes de mecánica? La fuerza de estas reflexiones, que sin duda debieron ocurrir al escritor, le oprimió demasiado; pero en vez de reconocer como exclusiva causa el soberano poder de Dios, su sabiduría sin límites y su bondad para con sus criaturas, atributos que el sentido común de los pueblos ve claramente escritos en el gran libro de la naturaleza, se sumerge a sí mismo en la duda más indiferente y se limita a decir: “Más allá del movimiento ¿qué hay? La ciencia *se abstiene de responder*, el más allá es lo *inconcebible* dice la filosofía, la religión dice *más allá es Dios*.” Como se ve por esta paladina confesión que se hace aquí, la ciencia o la filosofía que se separa de las ideas religiosas, únicas que dan la clave de todo no *puede responder* y halla inconcebible lo que la recta razón ve con toda la lucidez de una verdad demostrada.

Ése es el camino que sigue la pretendida ciencia moderna cuando siente sobre sí la fuerza de la razón que le muestra las conclusiones más terminantes: al recibir la luz, al tocar los objetos, se declara inhábil e incompetente para resolver y abdica así su criterio y su juicio antes que confesar la verdad religiosa. Tyndall, el célebre profesor de física que ha sido objeto de mil ovaciones en el país vecino, al salirse de su terreno propio, donde es una celebridad e invadir el de la psicología para hacerse materialista, concluye exclamando: “¿De dónde vienen las fuerzas de que están dotadas las moléculas, y cuál es el origen de estas mismas? ¿Quién o qué cosa ha dado a estas fuerzas sus tendencias y direcciones particulares? *En el fondo no tenemos explicación...*” Esa explicación que el sabio inglés no puede encontrar en las alturas de su ciencia, la encuentra completamente satisfactoria el último de los católicos.

Si en lo relativo a las teorías de la formación del mundo se registran en la obra textual de la Preparatoria los errores y contradicciones ya expresados, en lo que se refiere al origen del hombre nos ofrece un cuadro de ideas e hipótesis tan degradantes, que no ya el sentido común sino la dignidad de seres racionales debe hacernos protestar contra ellos. Después de exponer la teoría de Haeckel según la cual el hombre procede originariamente de las *larvas intestinales, de los gusanos o de los peces* y entre éstos en particular de los ajolotes, dice el señor Sierra: “Esta reconstrucción (¿?) de nuestra genealogía debe seguramente desecharse por ahora no porque nos haga des-



cender de los ajolotes ni de los *catharrinos*; no debemos cifrar nuestro orgullo más bien en el *barro* que en seres organizados... sino porque la mayor parte de los datos que han servido de base a estas reconstrucción son simples conjeturas." Aquí, además de los dislates *conjeturales* de Haeckel que tanto degradan a la especie humana y que todo el mundo verá con indignación suma, y sólo como delirios que una imaginación extraviada, hay que notar que el profesor de la clase de historia al hacer alusión al origen del hombre según el Génesis, se olvidó (no queremos suponer que voluntariamente) de lo que todo el mundo sabe, y es que, si allí se dice que Dios formó de *barro* el *cuerpo* del hombre, le inspiró al punto el alma *spiraculum vitae, anima viven*; principio racional que no hay en los ajolotes y *catharrinos* y ser nobilísimo que se empeña en negar para relegarnos al rango de puros animales esa ciencia que hoy se enseña en las escuelas de la nación.

La filología que se quiere separar de la *Biblia* para no reconocer la unidad e inspiración del primer idioma y los hechos que después explican su posterior variedad se lanza igualmente en el abismo de los más ridículos *confete-ros*. El origen de las lenguas tal como se expone en las teorías insertas en la obra de que nos ocupamos, es uno de los puntos más curiosos del sistema. Según Max Muller, las *raíces* de todos los idiomas se han de encontrar en el grito de los animales que de interjección pasó después a *concepto*. "Para decir carnero el hombre pudo pronunciar *bé*, vaca *mú*." Ese lenguaje primitivo cuyo análisis se hará en la Preparatoria debió constar, pues, no sólo de balidos y mugidos, sino entre mil otros inarticulados y diferentes sonidos, de relinchos y rebuznos, que también deberán estudiarse si se quieren conocer a fondo nada menos que todas las *primitivas raíces* del lenguaje.

Tal vez alguno tema que al ejercitarse los preparatorianos en semejantes voces para estudiar sus inflexiones y para ver cómo se derivaron de ellos las palabras, la universalidad de la gente, profana a tales y tan estupendos conocimientos, se asombre de la inmensa altura a que ha llegado entre nosotros la ciencia moderna.

En materia cronológica se nos presenta una edad *prehistórica* (la sola denominación la condena) conjetural por supuesto, y se afirma que *de todos modos puede asegurarse* que el hombre existía ya en el periodo llamado diluviano lo que hace ascender su edad a más de *cient mil años* y esto se asienta rotundamente aunque a las cuatro páginas se haya de decir que "haciendo a un lado las *leyendas y cronologías fantásticas*, los datos históricos AUTÉNTICOS no nos hablan de hechos que remonten más allá de *siete mil años*". El exceso, pues, de más de noventa y tres mil años de la vida del hombre, sólo lo podría llenar la cronología-prehistórica fantástico-conjetural.



Si trasladásemos aquí otros muchos conceptos que se registran en ese naciente libro, habría materia para los más divertidos análisis. Nos hallaríamos allí frecuentemente con la edad de la *pedra negra* (leyenda árabe, íbamos a decir), veríamos que el *derecho de propiedad nació del dominio sobre el sepulcro* y nos devanaríamos los sesos por saber cómo *la ciudad es el huevo de la civilización*, y el *ser absoluto la sustancia de la conciencia*. Nos hallaríamos la descripción del *drama* en que funcionan como únicos actores los *vegetales*, el liquen vencido por el musgo, el musgo desalojado por la hierba y todos en una lucha terrible que se continúa en el hombre por el crimen y finalmente por la guerra.

Al ver en las obras de texto de filosofía de histórica *{sic}* y de otros de los ramos de la enseñanza oficial tales extravagancias, utopías sin número, sistemas degradantes y quiméricos y todo oscuro, confuso, embrollado en su nomenclatura, en su exposición, en sus imposibles aplicaciones, suerte que ha de correr siempre la escuela que se empeña en formar una ciencia sin Dios, no hemos podido menos que compadecer a los que se ven obligados a hacer el estudio de semejante maraña. Los contemplamos, como el pobre Caballero de la Mancha al querer explicarse los libros de la caballería andante, “desvelándose por entenderla y desentrañarle el sentido, que no se lo saca-ra ni entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello”.

Triste es, por cierto, que la enseñanza oficial, que debiera ser un foco de luz verdadera, se convierta sólo por querer destruir las creencias católicas, en manantial de errores, de puerilidades y de quimeras para la inteligencia, así como en elemento desmoralizador para el corazón. Los que la reciben fatigan su cabeza y sobrecargan su inteligencia con oscurísimos sistemas que nunca habrán de satisfacer sus dudas ni resolver sus dificultades. Apelamos en esto al juicio imparcial de los mismos que allí han estudiado o estudian, los que, si buscan la verdad y la ciencia en filosofía, en moral, en historia o en derecho natural, no adquirirán nunca la convicción de poseerla efectivamente en el positivismo o en el utilitarismo, máquinas complicadas cuyos movimientos se perturban y destruyen entre sí. Lo que en ello se enseña no es ciencia, no es la verdad, sino sistemas artificiales inventados para pasarse en la ciencia sin Dios, absurdo patente, intento imposible que no alcanzará ni el talento de los autores ni el de los maestros. Además, la divergencia de opiniones, el cambio de hipótesis y de sistemas ha de verificarse a cada paso en un campo en donde no reina la verdad, única fuente de la unidad, así como de la invariabilidad de las doctrinas.

En cuanto a la historia, que es la materia del libro que provocó nuestras reflexiones de hoy en ese terreno recobrará también su imperio la verdad,



pues las obras que la combaten han sido siempre plantas efímeras, que bien pronto desaparecen, y las que tienen las condiciones de la presente no lograrán ni la triste celebridad que se refleja del objeto combatido en las notables por alguna circunstancia.

Muy sensible es que en ramo tan interesante haya empeño en inculcar errores que anublen la inteligencia en los jóvenes para separarlos de la religión. La verdad histórica es de suma importancia, porque presta su eficaz apoyo a la verdad moral y religiosa. La historia que no expresa la verdad no es historia sino invención, y es invención perniciosa para la moral de los pueblos. Historia quiere decir *testimonio*, y el historiador debe ser sólo un fiel testigo y un imparcial relator de los hechos.

Nada se requiere tan puro y tan desapasionado como la historia, que, según aquellos conceptos trazados con singular maestría por el más célebre de los escritores españoles, debe ser "madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir". Su alteración por lo mismo, ofrece en cierta manera, el carácter de un repugnante sacrilegio.

Réstanos tan sólo el decir que nuestras reflexiones no se dirigen al libro enunciado, que nada tiene de científico y por lo mismo no merece una refutación seria. Van encaminadas al público, a quien basta haberle dado a conocer algunos pormenores de la obra para que forme el debido juicio de ella, y en especial al gobierno, que reportará ante Dios, ante la sociedad actual y ante la posteridad todo el peso de una tremenda responsabilidad, por la clase de instrucción que a su abrigo se da hoy en las escuelas nacionales.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 25 de enero de 1878, núm. 21, p. 1-2.]



LA LIBERTAD:

CONTRASTE

Advertimos desde hace algunos días que los órganos del ultramontanismo se han desatado en toda clase de injurias y vituperios contra el ilustre sabio inglés *Charles Darwin*, autor de la teoría de la selección natural. Lo que es más repugnante en todos esos insultos dirigidos a una personalidad tan digna de respeto, y en quien sus más encarnizados adversarios científicos reconocen virtudes y talento extraordinarios, es que se le imputan disparates que jamás ha dicho en ninguno de sus numerosos libros, como que el hombre desciende del mono. Esto prueba no sólo la profunda mala fe de los que lastiman a Darwin, sino también ignorancia.

Y mientras *La Voz* y *El Centinela* deturpan con tanta acrimonia a un sabio tan respetable. ¿Darwin llegará algún día a saber que es objeto de sus ataques? ¿Sabrá siquiera que esos periódicos existen? El contraste no puede ser más elocuente.

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 25 de enero de 1878, núm. 18, p. 3.]



LA LIBERTAD:

UN NUEVO LIBRO DE TEXTO EN LA ESCUELA PREPARATORIA

Con este título ha publicado ayer *La Voz de México* un artículo crítico sobre el libro que está publicando nuestro compañero de redacción don Justo Sierra. Como era de esperarse, el colega ultramontano se muestra terriblemente hostil al *Compendio de historia general* pues, colocándose bajo su punto de vista especial y dogmático, lo encuentra explícitamente anticatólico “y bajo el aspecto científico” ofrece tales aberraciones que merece la más severa cen-sura de la verdadera ciencia.

No vamos a emprender la inútil tarea de deshacer uno por uno los argumentos del colega ultramontano, porque no son argumentos sino afirmaciones dogmáticas, buenas para sorprender a los incautos, pero que nada valen en el terreno de la ciencia; ni la de rectificar multitud de apreciaciones ligeras y que revelan un profundo desconocimiento de la historia de la ciencia moderna y de sus verdaderas tendencias, porque esto cualquiera persona medianamente ilustrada puede hacerlo con sólo fijarse en el contenido del artículo en cuestión; ni mucho menos tratamos de convencer a *La Voz* de que no tiene razón, pues por más que en el fondo de su conciencia se conozca vencida, jamás ha de consentir su amor propio en la confesión. Vamos sólo a explicar algunos de los móviles que, en nuestro concepto, han influido en el plan que va desarrollando el autor del *Compendio de historia*.

Dada la separación que existe entre el Estado y las diversas iglesias que se comparten el dominio espiritual de los habitantes de un país, en la enseñanza oficial de las escuelas nacionales, debe prescindirse de tocar cuestiones religiosas y de enseñar religión alguna sobre todo, para dejar plena libertad a todas las conciencias de seguir la religión que mejor les parezca. Pero como las ciencias que tienen conexión directa con el estudio del hombre, individual o colectivamente considerado, no pueden abstenerse de tratar de asuntos sobre los cuales las religiones, con razón o sin ella, han impuesto dogmas más o menos claros, o por lo menos una enseñanza en que la fe entra como elemento determinante y decisivo ¿qué deben hacer en este caso los profesos-



res de un instituto nacional? Callarse sobre estas dificultades no es posible, porque la ciencia no debe consentir en más soluciones de continuidad que las que la naturaleza misma presente como secretos o misterios no comprendidos aún. Puede ser que en muchos casos la ciencia esté de acuerdo con las hipótesis religiosas, sean dogmas o no; pero también suele suceder que las doctrinas científicas se hallan en abierta contradicción con las teológicas, como en todo lo que se refiere a la cosmogonía y a la antropogenia. La línea de conducta del profesor es entonces inflexible: debe enseñar lo que demuestra la ciencia y no lo que formula la religión en preceptos de fe, y si por el carácter de las teorías que analiza necesita recurrir a la crítica de los documentos históricos (y entre éstos encuentra la historia la *Biblia*, el *Korán*, el *Talmud*, el *Rig-Veda*, el *Zend-Avesta*, etcétera) debe hacer que esta crítica sea tan imparcial y severa como si se tratara de aceptar o rechazar simplemente una doctrina científica, sin preocuparse de si hay religiones interesadas en la afirmación o en la negación, o de si sus afirmaciones propias serán condenadas por alguna Iglesia, o de si excitará en mayor o menor grado las iras y los rencorosos desahogos de los dogmatistas. Debe al contrario desearlos, pues estas explosiones que por otra parte obedecen a las leyes antiquísimas que presiden a la decadencia de todo culto, dan la piedra de toque de su enseñanza, y prueban que ha abandonado la trillada senda de las deducciones de teorías no demostradas, y entrado valientemente en el desarrollo metódico, antes inductivo que deductivo, de las certidumbres conquistadas por la ciencia.

Se nos dirá que si las doctrinas científicas se contradicen con la enseñanza religiosa que dan o deben dar las familias en el hogar, en el ánimo del educando germinará la duda y no sabrá a qué atenerse en materia de religión. Pero esto, por nocivo que a las religiones sea, no es de la incumbencia del profesor de una escuela nacional; será muy sensible que las familias tropiecen con tales obstáculos, y culpa suya será si por resistirse a la preponderancia que la ciencia debía ejercer en todos los dominios ponen a los jóvenes en tal alternativa. La ley de la evolución intelectual de la sociedad está sujeta a esas oscilaciones, que si no existieran harían inútil todo esfuerzo; pero con el tiempo cesarán, y las creencias religiosas, que durante mucho tiempo se nan impuesto a la ciencia, seguirán en adelante por el carril que la ciencia ordene, como ya lo están haciendo en materia de geología y astronomía, so pena de desaparecer entre las ruinas de las épocas sucesivas, sin dejar semilla alguna que fructifique en el porvenir.

El señor Sierra ha debido comprender esta verdad cuando en su *Compendio de historia* ha procurado, con el mayor tacto posible, eludir cuestiones que dieran margen a la controversia y presentar a sus discípulos en vez de



pretendidos hechos que nunca han podido probarse, lo que la ciencia da como verdaderos o por lo menos como verosímiles, pues por pocos que sean constituyen la base de la historia y sobre ellos crecerá más tarde el gigantesco edificio del pasado, reconstruido por la crítica, por la observación y por las generalizaciones de la experiencia. Y como debía enseñar la ciencia y no la fe, y la ciencia se compone de hechos, de teorías lógicas que los ligan entre sí por medio de leyes, y de hipótesis que son la fórmula provisional de teorías aún no maduras ni suficientemente lógicas, ¿qué otro camino podía seguir en la enseñanza de la historia? Por más que el colega ultramontano lo igno-re o finja ignorarlo existe hoy una división en los estudios históricos: los de los pueblos conocidos y los de las civilizaciones anteriores a todos documento tradicional o escrito; es decir, la historia no se limita a indagar lo que ha pasado en el mundo desde que el primer narrador consignó algunos acontecimientos, sino que penetra con la arqueología, la filología y la antropología en los arcanos de las edades ignotas, y forma la ciencia prehistórica. Que *La Voz de México* acepte o no esta denominación poco importa: la ciencia existe, a ensancharla han contribuido eminentes sacerdotes católicos como los abates Durand y Bourgeois (que tienen autorización papal para proseguir en sus investigaciones, y que han descubierto vestigios de la presencia del hombre hasta en terrenos del periodo *mioceno*) y los *Congresos de antropología y arqueología prehistoricus* han sido celebrados, por centenares de sabios, en la Spezzia, en Bolonia, en París, en Londres, en Kjopenhavn, en Buda-Pest, etcétera. El más considerable se reunirá en París durante la próxima exposición.

Mas el estudio histórico no se detiene ahí: trata de reunir los más abundantes datos posibles sobre el origen del hombre y del mundo, y entrando entonces forzosamente en el campo de las hipótesis, debe escoger aquellas que presenten un fundamento más científico. ¿Qué doctrinas halla entonces para elegir? La doctrina religiosa de la generación espontánea de todos los seres vivientes actuales y la de la evolución indefinida y perpetua de todos los seres al través de todos los tiempos, de todos los medios ambientes y de todas las formas. La elección, para el hombre de ciencia, no puede ser dudosa: entre creer que el hombre se compone de barro y que por una inspiración por las narices tuvo alma y vida y suponer que puede haber provenido de formas anteriores, con sujeción siempre estricta a las leyes de la física, la mecánica, la química y la biología, lo último debe preferir, porque como jamás se han alterado las leyes naturales, es racional suponer que tampoco en el origen del hombre, ser tan natural como todos los demás, se han eludido. Y en este particular, la autoridad de Cuvier, que podría citarse en mate-



ria de anatomía comparada y paleontología, *no tiene valor alguno*, por la sencillísima razón de que no conoció las ciencias prehistóricas como Huxley, *que no es darwinista*, Spencer, Tyndall, Haeckel, Brocca, Giard, Schmidt, Vogt, Martins, etcétera, que no reconocen la autoridad del eminente naturalista francés en cuestiones que no profundizó o trató ligeramente. Cuvier y Champollion son el eterno caballo de batalla de los escritores ultramontanos; no parece sino que eran infalibles y que después de ellos la ciencia no ha progresado, destruyendo o modificando muchas de sus doctrinas.

Lo mismo podemos decir del lenguaje; para el profesor de lingüística los mitos más o menos ingeniosos de la enseñanza al primer hombre, de la dispersión de Babel, etcétera, son leyendas que no tienen fuerza de ley: en hechos naturales y en la comparación de los idiomas entre sí, cultos e incultos, y hasta en los gritos bestiales que con tan poco remordimiento desdeña el colega ultramontano, halla fuente inagotable de observaciones y de ciencia. Porque para el hombre científico, lo repetimos, estas palabras de *La Voz de México* no significarán nunca más que una presuntuosidad inofensiva y que desaparecerá con la evolución de su autor: “¿de dónde vienen las fuerzas de que están dotadas las moléculas, y cuál es el origen de estas mismas? ¿Quién o qué cosa ha dado a estas fuerzas sus tendencias particulares? *En el fondo no tenemos explicación...* Esta explicación que el sabio inglés no puede encontrar en las alturas de su ciencia, la encuentra completamente satisfactoria el último de los católicos”.

Cuando consideramos que lo que, después de tantos desvelos, un físico tan insigne como ese sabio inglés (Tyndall), no ha podido descubrir, cualquiera devoto con sólo la fe, lo sabe y tal vez sin haberlo estudiado jamás, dudamos de que tales cosas se escriban en serio y se impriman en letras de molde. ¿Se ha fijado siquiera el periódico vecino en todos los problemas que encierra la pregunta que Tyndall no se atreve a resolver? ¿Sabe lo que son las fuerzas, lo que son las moléculas y lo que es el movimiento?

Entiéndase que en esto sólo defendemos los derechos de la ciencia, y en manera alguna las pretensiones de cierta escuela filosófica a enseñar una moral; pero cuando vemos tachar de materialistas a hombres del saber y de la virtud de Tyndall y de Darwin, por el solo delito de que enseñan la ciencia y no la *Biblia*, el que esto escribe, que cree en la inmortalidad del principio inteligente y responsable, no puede menos de compadecer a los que, con tanto magisterio, fallan sobre el espíritu y la materia. ¿Saben acaso lo que es el espíritu y lo que es la materia?

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 26 de enero de 1878, núm. 19, p. 1.]



LA VOZ DE MÉXICO:

¿SU IGNORANCIA?

La Libertad, en un suelto que consagra ayer [a] *La Voz* y al *Centinela*, dice que *Charles Darwin*, autor de la teoría de la selección natural, *jamás ha dicho en ninguna de sus obras* que el hombre desciende del mono y que el imputarle los periódicos católicos esos *disparates* prueba no sólo su mala fe sino también su *ignorancia*.

Sorpresa inaudita nos ha causado el que los progresistas redactores de ese periódico no hayan leído siquiera su encomiado autor, pues sólo así pueden tan magistralmente presentar ideas que harán novedad en el mundo científico, que, aun en el uso común, ha dado ya al sistema *transformista* el nombre del sistema *darwiniano*.

Para que sepa algo de lo que hay en particular, le diremos, por ahora, que los primeros libros del naturalista inglés, tales como sus trabajos sobre la *Estructura y distribución de los arrecifes de coral* sobre las *Islas volcánicas* y sobre la *Geología de la América meridional*, que fueron los que le dieron celebridad científica, nada contienen en estos *disparates* de que habla la "Libertad", pero que en su libro sobre el *Origen de las especies*, escrito después, se apodera de la hipótesis de la variación de los seres vivientes bajo la influencia de los medios en que se desarrollan (hipótesis que, por cierto, pertenece en su origen al naturalista francés Lamarck) y, de hipótesis en hipótesis, se esfuerza en *probar* que todos los animales descienden de tres o cuatro tipos primitivos, y que el hombre mismo y los *monos* de nariz prominente o *catarrinianos* tendrían entre ellos un *tronco común* de donde derivarían en virtud de leyes naturales inconscientes y fatales: que desde 1831 hasta 1856 escribió como sabio juicioso, pero que de esta última fecha en adelante sostuvo lo que la "Libertad" llama con razón *disparates*, que fueron los que lo hicieron preconizar por los modernos progresistas como portento de ciencia, cosa que no hicieron en su primera época.

Añadiremos que la célebre carta que le dirigió José Beaconi, antiguo profesor de la Universidad de Bolonia, fue precisamente a propósito de la *trans-*



misión del mono en hombre, y que sus prosélitos, tales como Huxley, que quiere descender mejor del mono que de Adán, y Haeckel {sic} que da su material a algún libro de texto de la Preparatoria, son *darwinistas* consumados.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 26 de enero de 1878, núm. 22, p. 3.]



LA LIBERTAD:

CONFESIÓN PALADINA

Dijimos en nuestro número de antier que *La Voz de México* y el *Centimela Católico*, al injuriar a Charles Darwin y pretender ponerlo en ridículo, y al atribuirle el disparate de que *el hombre desciende del mono*, probaban que no conocían a Darwin. Seguramente esta afirmación hizo reflexionar algo a nuestro colega y se dedicó a buscar *una cita textual* en qué basar su imputación; pero como era natural, no la encontró. Halló sí, que Darwin sostiene la descendencia del hombre y de los monos de un tronco común, lo cual es muy diferente.

En cuanto a que ni siquiera hayamos leído a nuestro encomiado autor, podemos asegurar a *La Voz* que tenemos en nuestro poder y hemos leído todas las obras de Ch. Darwin y aun tenemos traducida una: *La filiación del hombre*, que pronto trataremos de publicar y popularizar entre nosotros. Todas esas obras, más la *Descendencia y darwinismo* de Schmidt, *La historia de la creación natural* de Haeckel y la *Antropogenia* del mismo autor, así como otras muchas escritas en pro o en contra del darwinismo, las ponemos a disposición de los redactores del colega ultramontano (mediante vuelta) para que pueda buscar a satisfacción una cita en que se diga que el hombre desciende del mono. Haeckel, que ha exagerado mucho la doctrina de Darwin, ha creado el *pitécántropo*, mono-hombre, que en su concepto dio origen a los monos antropoides y el hombre; sin embargo, ese tipo no es precisamente el del mono y ni Darwin ni Vogt, ni Martins, que son los más acreditados jefes de la escuela seleccionista, son responsables de las prematuras y audaces afirmaciones de Haeckel (muy digno por mil títulos del respeto que se debe a una ciencia vastísima).

Nos confirma en que los escritores de *La Voz* no conocen las obras de Darwin la pretensión de querer rebajar su mérito científico atribuyendo al naturalista francés Lamarck la prioridad de la teoría llamada hoy darwinista. Estas vulgaridades suelen encontrarse en algunos de los autores, como Fabié,



que han atacado a Darwin sin haberlo leído. Porque no es cierto, como dice *La Voz*, que Darwin se haya limitado a ampliar la hipótesis de la variación de los seres vivientes bajo la influencia de los medios en que se desarrollan; el ilustre naturalista inglés ha puesto, mejor que el mismo Lamarck en sus *Principios de filosofía zoológica*, en todo su valor la influencia de los medios, que es muy limitada; lo mismo que la del heredamiento, en que tanto trabajaron los Geoffroy-Saint Hilaire. Otros precursores podrían encontrarse al transformismo en Demócrito, en la antigüedad, y mucho después en Oken, Treviranus, Goethe, etcétera; pero lo que todo el mundo científico ha reconocido, incluso los adversarios más tenaces de Darwin como Blanchard, Baer, Perrier, etcétera —cuyas obras también ofrecemos a *La Voz*— es que la teoría de la selección natural y sexual, a la cual se reconoce universalmente fuerza bastante para explicar muchas variaciones, es exclusivamente propia de Darwin, como Wallace, su émulo más eminente, lo ha reconocido. Y muy al contrario de lo que *La Voz* cree, si desde su vuelta al mundo y sus observaciones geológicas fue tenido Darwin como observador concienzudo y juicioso, su fama desde 1858 creció en este sentido, pues a él se deben innumerables y delicadísimas observaciones sobre el cruzamiento de las razas, la fecundación de las plantas por los insectos, los movimientos de las trepadoras, la vida de las plantas carnívoras y la expresión de las emociones.

Darwin es un sabio tan respetable, tan imparcial y tan amante de la verdad que no ha vacilado en exponer en sus obras dilatadamente las objeciones de sus enemigos, y en añadirles otras de mayor importancia contra su doctrina. Pasa actualmente por ser el observador más sagaz y metódico que cuentan las ciencias naturales, y de ello son prueba no ya las alabanzas de sus innumerables prosélitos sino los testimonios de admiración y respeto que le rinden sus contrincantes sinceros y verdaderamente sabios y las sociedades científicas de todo el mundo.

La lucha por la vida, expuesta por el economista Malthus, ha recibido de Darwin sorprendentes aplicaciones.

En cuanto a Huxley, no es prosélito de Darwin como afirma *La Voz*; se limita a reconocer que la teoría de Darwin es la única verdaderamente científica expuesta hasta hoy respecto del origen de todas las especies. En sus obras: *Anatomía de los vertebrados*, *Lugar del hombre en la naturaleza*, *Fisiología* y *Sermones laicos*, que también ofrecemos desde luego a *La Voz*, hallará probado que hay menos diferencias anatómicas entre el hombre y los monos que todos los zoólogos llaman antropoideos, que entre éstos y los *platyrehinos*.



Seguimos creyendo que *La Voz* no conoce el asunto de que se trata, como lo prueban sus ligerísimas afirmaciones.

S. S.

[FUENTE: Santiago Sierra, *La Libertad*, año 1, 27 de enero de 1878, núm. 20, p. 1.]



LA VOZ DE MÉXICO:

Por más ridícula que sea la masonería, en su parte pantomímica, no es, sin embargo, una cosa inocente, como lo sospechaba el rey filósofo que la conocía de cerca. Poco más o menos pasa lo mismo con la teoría naturalista de Carlos Darwin, en que se ha ocupado la prensa y sobre [la] que han rolado chispeantes pláticas en los corrillos.

La teoría es ridícula, como no podía serlo más; pero no es posible calificarla de inofensiva. Ya tenemos en México quien nos dé por ascendientes a los *ajolotes* después de haber cantado que "*El ámbar duerme en nítidos ola-nes*". La teoría ha granjeado a su sostenedor una ínfula doctoral en la Universidad de Cambridge; y también le ha valido la más graciosa burla de parte de un acérrimo adversario del *transformismo*.

Hay epigrama, como hay sublime de hecho. Ejemplo de lo primero, pues de lo segundo abundan los cursos de literatura, es el que todo un cuerpo de doctores han sido objeto, al recibir Darwin la investidura universitaria.

En los momentos más solemnes de la ceremonia, se ve descender de lo alto de la cúpula del salón de grados, un mono, saludando entre sonrisa y sonrisa, entre gesto y gesto, al insigne naturalista, benemérito de su raza; y mostrando, escrita en cartón, la siguiente lacónica frase: *Un eslabón de la cadena*, frase la más apropiada al acto que tenía lugar y de una elevadísima significación filosófica. No parece sino que el cuadrumano reclamaba, en los honores que la ciencia rendía al talento, su parte o la parte de los suyos. Algo se sospechaba de las ventajas de la reversibilidad. *Un eslabón de la cadena*, es decir, sin mi sangre, o sin la sangre de aquellos de quienes vengo, no llevarías, tú Darwin, la borla que sombrea únicamente las cabezas de personajes ilustres. *Un eslabón de la cadena*, es decir, mi origen y el tuyo se confunden. *Un eslabón de la cadena*, es decir, mírate en este espejo, mono-hombre.

Los recipientes y el recipiendario sintieron por vez primera algo que pudiera llamarse vergüenza, si la ira y el furor no protestaran. Los asistentes, por el contrario, gozarían y celebrarían con ruidosas carcajadas aquella refutación en relieve, aquella derrota plástica de la más grosera aberración, del más desatinado delirio del espíritu humano.



IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO
1813-1884



N. en Valladolid [Morelia] y m. en la ciudad de México. Prolífico periodista y poeta conservador. Estudió en el Seminario de Valladolid, donde se graduó de abogado en 1838. Su actuación política fue destacada. Formó parte de la comisión que ofreció a Maximiliano el trono de México y es autor del dictamen para convertir a este país en imperio. Después de esta aventura se consagró al periodismo de oposición, en particular en el periódico *La Voz de México* en los momentos de la polémica darwinista.

Escritos: colaboró en muchos periódicos como *El Universal*, *La Voz de México* y *La Sociedad Católica*.



JUSTO SIERRA
1848-1912



N. en Campeche y m. en Madrid. Justo Sierra Méndez es uno de los más destacados intelectuales mexicanos de todos los tiempos. Realizó sus primeros estudios en su ciudad natal y en Mérida. Trasladado a la ciudad de México estudió jurisprudencia en San Ildefonso y obtuvo título de **abogado** en 1871. Consagrado un tiempo a su vocación literaria y periodística, fue director del periódico liberal *La Libertad* hasta la muerte de su hermano Santiago (1880). Fue profesor de la Escuela Preparatoria en la cátedra de historia antigua. Su carrera política se inició con su designación como diputado y culminó entre 1905 y 1911 como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. En 1910 logró la fundación de la Universidad Nacional. En los primeros momentos de la Revolución fue designado ministro plenipotenciario en España, donde murió.

Escritos: su vasta obra literaria, ensayística, histórica y de otros tipos fue recogida en los 14 v. de *Obras* que editó en México la Universidad Nacional Autónoma de México, 1948-1949. Hay reedición de 1977-1978.

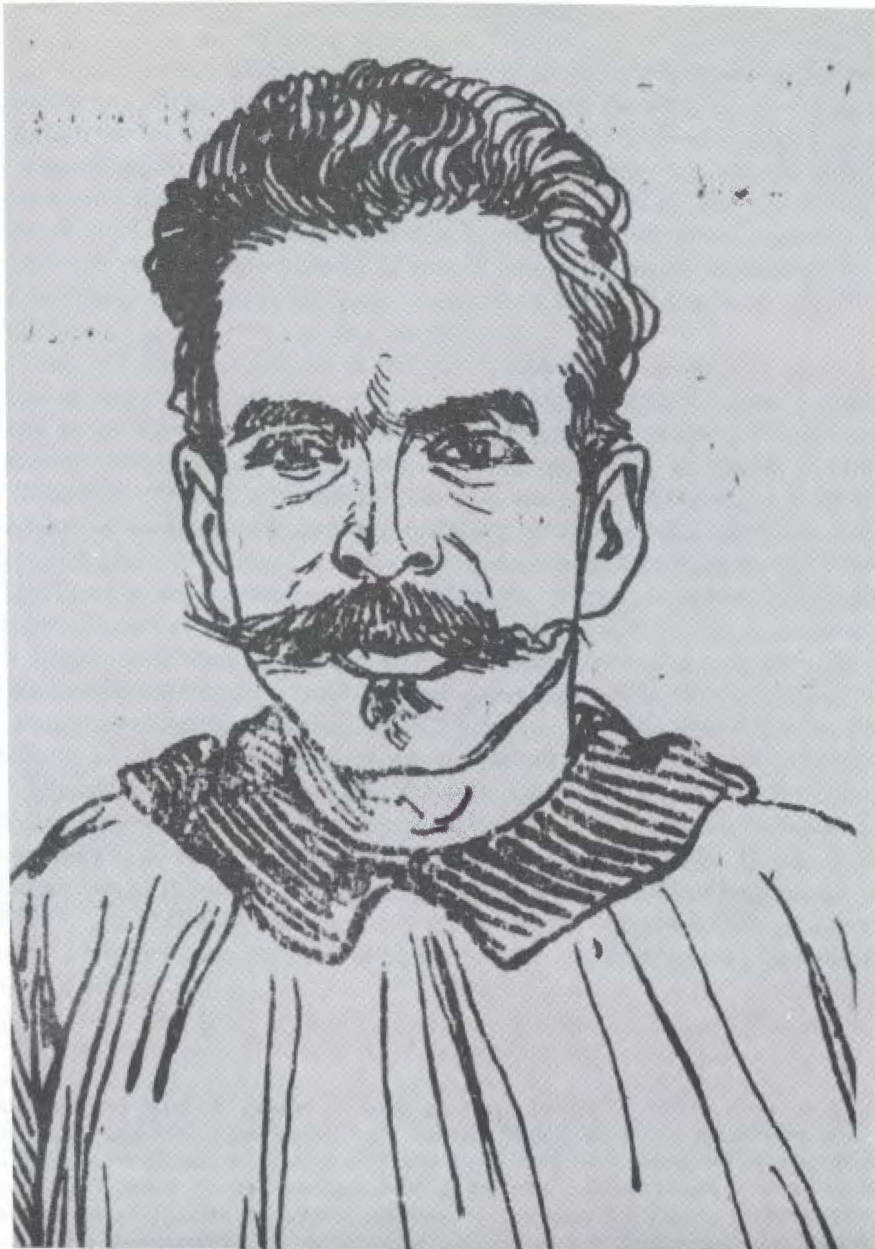


SANTIAGO SIERRA
1850-1880



N. en Campeche y m. en Tlalnepantla, México. Realizó sus primeros estudios en su ciudad natal y en Mérida. Trasladado con su familia a Veracruz, se inició en la literatura con Salvador Díaz Mirón y otros poetas por medio del periódico *Violetas*. En la ciudad de México colaboró en distintos periódicos políticos y literarios, en especial *La Libertad*, que dirigía su hermano Justo. Un conflicto de disidencia política con Ireneo Paz, director del periódico *La Patria*, lo condujo a un duelo a pistola del que resultó muerto Santiago Sierra a sus treinta años de edad.

Escritos: aparte de poesía dispersa y de los artículos darwinistas que aquí se reproducen, publicó dos novelas: *Flor de fuego* y *Viajes por una oreja*. Consta que tenía hecha una traducción de *La descendencia del hombre* de Darwin.



JOSÉ JOAQUÍN TERRAZAS
1851-1931



N. y m. en la ciudad de México. Personaje digno de estudio, Terrazas fue un distinguido matemático y un furibundo católico. En tiempo de la polémica darwinista colaboraba en el periódico *La Voz de México* y se sabe de muchos escritos suyos en la prensa de la época. Fue fundador del periódico independiente *El Reino Guadalupeño* (1888-1889) y disputó con todos los otros periódicos católicos mexicanos por una peculiar vocación ultranacionalista que lo condujo a conflictos con el arzobispo de México. Parece haber sido un innovador en la enseñanza de las matemáticas.

Escritos: a más de sus artículos y folletos de polémica religiosa o antiliberal, cuenta con dos textos de matemáticas: *Matemáticas blancas* y *Aritmética diminuta*.



¡Teoría singular! Querer que el hombre en virtud de *tres mutaciones*, determinadas por el uso o no uso de ciertos miembros de animales que figuran en otra especie, o por una energía coercitiva o directiva que despliega a veces la naturaleza, haya tenido su origen en un mono, perfeccionado de aquella suerte, es atentar contra su dignidad y contra su personalidad moral, arrebatándole el cetro y haciendo absurda la imputabilidad de sus acciones. Es atentar al mismo tiempo contra la propia naturaleza, cuyas invariables leyes se sustituyen con una fuerza ciega, sometida a los caprichos o no caprichos del acaso.

¿Por qué desgracia ningún mortal, en el espacio de más de siete mil años, ha sido testigo de una sola de esas maravillosas transformaciones? ¿Cómo nadie ha podido observar los innumerables puntos intermedios que sería necesario que recorriese el tipo primordial, para que fuera un hecho histórico y científico, ese gran salto del instinto a la razón, de la sensación al pensamiento, del sonido inarticulado a la palabra? ¿Ha de ser el hombre un mono por analogía? ¿Es motivo bastante para que se le crea tataranieto del gorila, que éste se le acerque, aunque a una distancia enormísima, por la perfección de las manos y de la faz a que no llegan los otros cuadrumanos; y para que se le juzgue chozno del orangután que se le allega por el mayor peso de su masa cerebral comparada con la de cualquiera otro de la rabuda familia?

Entonces búsquese su origen más alto, para hundirle más bajo; en los delfines, en las ranas, en los gusanos, en los batracoides y en los infusorios.

¡Oh metamorfosis del siglo de las luces! ¡Qué lástima que falte un Ovidio que en inmortales versos las narre y cante a las generaciones venideras! ¡Y a semejantes sabios se honra como a personajes eminentísimos! ¡Debieran los doctores de Cambridge, si quieren ser justos, honrar también la memoria de Buffon, De Mallet y Lamarck que a Darwin se anticiparon en reconocer, proclamar y defender los indiscutibles títulos de tan esclarecidos progenitores.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 27 de enero de 1878, núm. 23, p. 1.]



LA VOZ DE MÉXICO:

LA ESCUELA PREPARATORIA

Parece que las piadosas homilias de *La Voz* —como *La Libertad* llama graciosamente a nuestros artículos— no van siendo del todo estériles. Nada menos el sábado en la noche tuvieron la bondad de venir a esta redacción algunos jóvenes estudiantes, de los que, por fuerza legal, cursan ciertas cátedras en ese plantel; pero que llegan allí, llevando estudios preparatorios y sólidos principios, muy distintos de los de la presuntuosa *ciencia moderna*. Uno de esos jóvenes, tomando la palabra a nombre de los otros, nos dijo textualmente: venimos exprofeso para tener el gusto de manifestar a ustedes que sus trabajos comienzan ya a producir el fruto que se proponen. Esta tarde hemos provocado una polémica con varios estudiantes que defienden las ridículas teorías sobre el origen del hombre; y, en nuestro concepto, logramos que triunfase la verdad, como ha de triunfar siempre; pero, sobre todo, ya iniciamos una lucha que ha de continuar sin tregua, dentro y fuera de las cátedras, para que los maestros no sigan acostumbrados a que sus discípulos callen escuchándoles como oráculos infalibles y sin contrariarles jamás. Desde hoy no dejaremos pasar sin rebatirla ninguna de las erróneas doctrinas que tratan de inculcarse a la juventud dócil o ignorante; y haremos allí la propaganda de los mejores textos, cuyos autores ni de nombre conocen los estudiantes, que se dejan conducir como mansos corderos. Las cátedras serán en lo de adelante una polémica diaria y no el silencioso escuchar de un auditorio indolente.

Bien, muy bien por esos jóvenes. Esperamos que otros muchos seguirán su ejemplo, no dejando pasar sin contradicción los funestos errores que se propagan, ni sometiéndose con cándida docilidad al *Magister dixit*.

*

LOS REDACTORES DE LA "LIBERTAD" NO HAN LEÍDO A DARWIN

Ufano hasta el extremo se presenta este colega desafiando a *La Voz* y al *Centinel* a que le presenten una *cita textual* que demuestre que Darwin ha



asentado el *disparate* (así le vuelve a llamar) de que el *hombre desciende del mono*. Nos asegura que tiene en su poder y ha leído todas las obras del escritor inglés y que aun *tiene traducida una*: y todas esas obras, más otras muchas que se han escrito en pro y en contra del darwinismo, las pone a nuestra disposición para que bebamos en esos raudales, la luz que sólo se hallará en las producciones y en las bibliotecas de la ciencia moderna, y podamos encontrar esa *cita textual*, esa terrible cita con que nos pone en el conflicto supremo y cuya falta indudablemente nos va a hacer cantar la más vergonzosa palinodia.

No ve *La Libertad* que en los mismos tiros que nos dirige luego se hiere mortalmente, y que sus mismas razones envuelven ya su completa derrota. Dice que apenas podemos hallar que Darwin sostiene la descendencia del hombre y de los monos de un tronco común; pero a su juicio esta aserción, que nos hace hermanos de semejantes personajes, es cosa *muy diferente*. No alcanza a ver que la doctrina *transformista*, aunque expresamente no dijera lo que sostenemos ser afirmación de Darwin, comprende eso y mucho más, y que Haeckel que, según dice el colega, ha *exagerado* mucho esa doctrina, no hace más que ser consecuente con ella y explanarla en lo que llama sus aplicaciones *prematuros*.

Tiene el candor de tacharnos que para *rebajar el mérito* de Darwin atribuyamos a Lamarck la prioridad de la doctrina llamada hoy darwinista, y después asienta que el ilustre escritor inglés ha mejorado y ampliado el sistema del naturalista francés y otros que allí cita, manifestando así que lejos de haber dicho nosotros demasiado, dijimos bien poco.

De una manera más singular dice que Huxley no es prosélito de Darwin, sino que se limita a *reconocer que la teoría de Darwin es la única verdadera-mente científica*.

Es decir que, según *La Libertad*, el hombre no descendió del mono aunque sea su hermano; Darwin no sigue a Lamarck aunque exponga, amplíe y mejore sus teorías; ni Huxley es prosélito aunque siga a Darwin, por reconocer su teoría como la única verdaderamente científica.

Hasta aquí vemos que *La Libertad* no se entiende a sí propia y que parece que se esforzó en apoyar cada una de nuestras aserciones, y esto sería bastante para confundirla. Pero como nos pide *citas textuales* en que conste que Darwin nos presenta como descendientes del mono, nosotros, aunque sin biblioteca de *ciencia moderna*, y a pesar de que no la profesamos porque nuestros entendimientos no alcanzan a comprenderla, le daremos el gusto de exhibirle al go en que su *encomiado autor* dice nada menos que bueyes.

En la obra intitulada *La descendance de l'homme et la sélection sexuelle*



traducida por Reinwal, edición de París de 1872, en 2 volúmenes, se puede ver en todo el curso de ella, pero muy especialmente en el capítulo 6º la doctrina que hace *descender al hombre del mono*. Podríamos aquí citarlo todo entero; mas por ahora y para satisfacer los justos deseos de *La Libertad*, diremos que en la página 212 dice el señor Darwin: “*No hay duda alguna de que el hombre sea una ramificación del tronco de los monos del antiguo mundo y que bajo el punto de vista genealógico no deba ser clasificado en la división catarrina.*”

Antes, en la página 211 había dicho ya: “*Para asentar nuestro juicio sobre este punto (el genealógico) relativamente al hombre dirijamos una mirada sobre la clasificación de los simiades (monos).*”

En la página 215, el célebre profesor trata de averiguar en *qué momento y en qué lugar el hombre ha perdido su cubierta peluda*, y sobre esta *seria e importante cuestión* dice: “*Estamos muy lejos de saber cuándo el hombre ha comenzado a separarse del tronco catarrino; pero esto puede remontarse a una época tan distante como la eocena porque los monos superiores se habían ya separado de los monos inferiores del periodo mioceno inferior.*”

Finalmente, en la página 230 se puede leer cómo su doctrina encontraba siempre la repugnancia de su dignidad propia a la que se sobreponía al formularla. Dice: “*hemos llegado así (se refiere a lo en parte transcrito arriba) a dar al hombre una genealogía prodigiosamente larga, pero, es necesario decirlo, de origen poco noble...*”

Basta lo transcrito para que se vea que *La Libertad*, al asegurar que Darwin no asienta que el hombre desciende del mono, ha venido a demostrar que no ha leído a Darwin. ¿Podría decirnos en dónde está la autorización papal de los padres Durand y Bourgeois de que nos habla en su número del sábado?

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 29 de enero de 1878, núm. 24, p. 2 y 3.]



LA LIBERTAD:

UN PERROQUET

La vecina, nuestra querida vecina, ha enviado ayer tarde a recibir los exorcismos de la Iglesia un hermoso animalito verde y rojo que, orondo y lleno de flores, sacudió sus plumas y recibió con júbilo el agua del hisopo, y ya sin el diablo en el cuerpo fue traído a la redacción para dictar artículos de polémica. El lorito susodicho informó *ex cathedra* a los señores redactores de *La Voz* que ellos no desciendan ni pueden descender de los monos como lo ha vociferado Darwin, sino que la evolución de sus humanidades tuvo origen en los vertebrados perruquinos (?).

¿Habrá lorillo pretensioso? ¿Pues no es original eso de creerse antecesor de los sesudos y anacrónicos colegas de *La Voz*?

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 29 de enero de 1878, núm. 21, p. 3.]



LA VOZ DE MÉXICO:

UN SIMIO

La vecina, nuestra queridísima vecina *La Libertad*, tuvo ayer una deliciosa sorpresa, una emoción que la hizo desmayarse. Pasaba frente a su redacción un extranjero de organillo al brazo y mono al hombro, cuando éste, al ver a los respetables redactores, que estaban a la puerta del número 7, preocupados con no sabemos qué negocio, de un salto gracioso y prehistórico pasó a dar estrecho abrazo y ósculo cosquilloso a cada uno de los que con él se dicen entroncados; y luego formó entre las filas de sus hermanos, para encargarse de escribir párrafillos de selección natural.

¿Habrás visto monillo más pretensioso? ¿Pues no es original que se crea capaz de hombrar con los de un mismo tronco, no obstante que aún no pierde el rabo ni se desprende de su cubierta peluda? Que llame la vecinita a un albéitar que tronche aquél, y a un barbaro [barbero] que afeite de pies a cabeza y la cosa quedará arreglada.

•

A LA LIBERTAD

Deseando que este colega no carezca de todos los pormenores sobre la genealogía que nos hace descender del mono, y para que vea cuándo este cuadrmano fue perdiendo su *cubierta peluda* para convertirse en hombre y figurar en la línea de nuestros progenitores como *un eslabón de la cadena*, por más que diga que esos son *disparates* que no dijo su adorado Darwin, nos apresuramos a darle noticia de que en las librerías de Bouret, número 18 de la calle de San José el Real y esquina del Refugio y Puente del Espíritu Santo, se vende la célebre obra de Carlos Darwin *La descendance de l'homme et la sélection sexuelle*, en dos volúmenes en octavo con numerosos grabados y al precio de ocho pesos 50 centavos (véase el catálogo, p. 54). Esta noticia, poco inte-



resante para el público que no gastará su dinero y su tiempo en leer las extravagancias del sabio inglés allí consignadas, sí servirá para los adelantos de la ciencia moderna y para que pueda ver *La Libertad* lo que todos, en Europa, y en América y en el mundo entero, han visto y que caracteriza y pone en caricatura la doctrina darwiniana.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. ix, 30 de enero de 1878, núm. 25, p. 3.]



LA LIBERTAD:

“LA VOZ DE MÉXICO” VERSUS DARWIN

Es uno de los muchos fenómenos que ofrece la patología mental de los que padecen la *hipocondria mística* el creer que sus argumentos cobran fuerza torciendo los conceptos del contrario; llegan de veras a hacerse la ilusión de que así se aseguran la victoria y sobre todo de que han confundido a los que caritativamente quieren batir las cataratas intelectuales que nublan su juicio.

Pedimos a *La Voz* que nos citase textualmente la oración, el periodo, el párrafo en que Darwin haya dicho que el hombre desciende del mono, y para contestarnos demuestra lo que ya habíamos aceptado, a saber: que Darwin cree que el hombre y los monos son hermanos porque descienden de un tronco común. Y hace el siguiente raciocinio que nos ha dejado anonadados: “Darwin sostiene que el hombre y el mono son hermanos; luego el mono es el padre del hombre.” Pues de veras hay diferencia, aunque no lo note la vecina, que jamás nos hará creer, a no ser un espantoso incesto dogmático, que un individuo puede ser hijo de su hermano.

A su juicio no alcanzamos a ver toda la trascendencia de la doctrina transformista —y nosotros, que creíamos haberla visto desarrollada en Haeckel—; cree que nos contradecemos al asegurar que Huxley no es *darwinismo* —palabra eufoniquísima, engendro seguro de los hijos que son hermanos de sus padres— y que sostiene, sin embargo, ser la teoría de Darwin la más científica. Pretende desfigurar su acusación de que Darwin copia a Lamarck, diciendo que lo sigue. ¡Cáspita!

Y por último, nos cita de la obra de Darwin *La descendance de l'homme*, edición de París de 1872 (2 volúmenes), que tenemos a la vista, estos parrafitos: “No hay duda alguna de que el hombre sea una ramificación del tronco de los *monos* del antiguo mundo y que bajo el punto de vista genealógico no deba ser clasificado en la división catarrina.” Acusamos a *La Voz* de flagrante falsificación del texto; hélo aquí y juzguen los lectores. “Il n’y a donc aucun doute que l’homme ne soit un embranchement *de la souche simienne* de l’ancien monde”, etcétera. Así pues, *La Voz* traduce “*de los monos*”, donde el



texto dice “*de la souche simienne*”. Si esto es lealtad y buena fe, júzguenlo los lectores. *La souche simienne*, esto es, el tronco o la fuente, o la rama simiana, es el origen de los hombres y de los monos, pero no es los monos. ¿Estamos?

En cuanto a que el hombre deba *clasificarse* entre los catarrinos, no sólo Darwin sino otros muchos zoólogos lo han dicho. En la misma página 211 que cita *La Voz*, se lee: “la mayoría de los naturalistas están de acuerdo en dividir esta familia (la de los simiadeos a que pertenece el hombre) en grupo catarrino o monos del antiguo mundo que están todos caracterizados por la estructura particular de sus narices”, etcétera y más adelante: “Es incontestable que por su dentición, la conformación de sus narices y por otros respectos, el hombre pertenece a la división del antiguo mundo, o catarrina.” De manera, que el eje de la cuestión es saber qué se entiende por *simiadeos*. ¿Monos exclusivamente? No por cierto. Así como hasta los antidarwinistas como de Quatrefages, Oustalet, Virchow, llaman *antropomorfos* o *antropoideos* (forma de hombre) a los monos que se semejan al hombre, éste es llamado por otros *piiecoide* o *simiadeo*, por la razón recíproca. Y por consiguiente, esto no prueba que Darwin haya dicho que el hombre desciende del mono, sino que tienen un tronco común, que no es lo mismo.

Para el vulgo devoto las afirmaciones de *La Voz* tienen esta significación: Darwin ha dicho que el hombre desciende del macaco o del mico; y aunque el ilustre naturalista tenga razones para creer que el hombre cuente entre sus antepasados alguno más o menos análogo a cierta rama de los simiadeos, no es leal atribuirle palabras equívocas que no son suyas.

He aquí su conclusión fundamental (*op. cit.*, t. II, p. 426): “El hombre desciende de alguna forma de una organización inferior”. Estas palabras, que no marcan una filiación decisiva para el hombre, son las que deben servir de base a toda polémica científica. Las demás son solamente *¡words, words, words!* como Shakespeare.

Para nosotros la cuestión principal no está en saber si Darwin tiene o no razón, aunque a nuestro humilde juicio su hipótesis es la única científica expuesta hasta hoy sobre el origen de las especies; sino en que se respeten los fueros de la ciencia no atribuyendo a los que la cultivan conceptos que no son precisamente los que han vertido, ni menos falsificar otros para engañar a los que no conocen los textos.

Esta contestación sirve también para el *Cenimela*, que es hijo de su herma-na *La Voz* (según la nueva teoría filogenética de la vecina).

S. S.



Post scriptum. La autorización a los abates Durand y Bourgeois puede encontrarse en la *Revue du Monde Catholique* (año 1874 o 1875); ahí la hemos leído.

•

TAMBIÉN NOSOTROS

Aplaudimos a dos manos la resolución de varios estudiantes de la *Preparatoria*, que, según nuestro contrincante, pero no por eso menos apreciable colega *La Voz*, se han resuelto a combatir, en lucha diaria —de palabra por supuesto— las *erróneas doctrinas* que en aquel plantel *tratan de inculcarse a la juventud dócil e ignorante*.

La Voz aplaude esta resolución y nosotros también. ¿Por qué no? Nuestros triunfos todos han sido alcanzados en el campo de la controversia que los hombres de la comunión de *La Voz* han procurado ahogar durante muchos siglos.

Verdad es que la disputa no podrá efectuarse en cátedra como quiere nuestra vecina o sus estudiantes, pero en cambio, los *defensores de las sanas doctrinas*, tienen tiempo de sobra para traer a buen camino a los embaucados.

Por lo demás, no sabemos quién enseñe en la *Escuela* el darwinismo. Precisamente no hace mucho tiempo que oímos a su director, el señor Barreda, el discurso más notable, más erudito y más profundo contra aquella teoría que a este respecto se haya pronunciado hasta hoy entre nosotros.

Es cierto que el señor Barreda no combatió con las armas de *La Voz*, porque estas armas están melladas, pero en cambio hizo uso de su bien provisto arsenal científico para demostrar las lagunas del sistema, lagunas que el mismo Darwin con su acostumbrada buena fe ha reconocido antes que nadie.

Algún otro profesor ha expuesto en cátedra la doctrina darwiniana; mas ya queda dicho: la ha expuesto, sin defenderla ni atacarla, porque tampoco cree más que en lo que en aquella doctrina está perfectamente comprobado.

Que no se preocupe, pues, *La Voz*, por la enseñanza del darwinismo en la *Preparatoria*.

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 30 de enero de 1878, núm. 22, p. 3.]



LA VOZ DE MÉXICO:

YA SOMOS DOS

Aplaudíamos anteayer la resolución de varios jóvenes estudiantes de la Preparatoria para combatir los errores que allí se propaguen; y ahora tenemos el gusto de ver que *La Libertad* está con nosotros en este punto. Léanse sus palabras textuales que copiamos de un suelto publicado ayer:

“También nosotros aplaudimos a dos manos (*un coludo hermano de Darwin aplaudiría a cuatro*) la resolución de varios estudiantes de la Preparatoria que, según nuestro contrincante, pero no por eso menos apreciable colega *La Voz*, se han resuelto a combatir, en lucha diaria —de palabras por supuesto— *las erróneas doctrinas que en aquel plantel tratan de inculcarse a la juventud dócil e ignorante.*”

Lástima es, sin embargo, que tras de aplauso tan estrepitoso (a dos manos) el colega establezca esta restricción: “Verdad es que la disputa no podrá efectuarse en cátedra.” ¿Por qué no? Precisamente allí es donde más interesa para exigir al *magister* la “razón de su dicho”, y para que de la discusión nazca la luz. De otra manera es querer imponerse sin contradicción; cosa nefanda en estos benditos tiempos de amplia libertad para opinar, controvertir, etcétera, etcétera.

Con permiso de aquel cofrade, excitamos a los estudiantes a que en la misma cátedra, sin faltar a la moderación y al respeto debidos, pero con la firmeza que inspira la verdad expongan sus reflexiones contra las doctrinas que juzguen erróneas y las combatan sin tregua. No creemos que unos maestros tan liberales pretendan imponerles silencio: estamos en plena democracia.

Para concluir, transcribiremos otras palabras del mismo suelto de aquel colega: “No sabemos quién enseñe en la *Escuela* el darwinismo”, y más adelante agrega: “Algún otro profesor ha expuesto en cátedra la doctrina darwiniana; mas ya queda dicho: la ha expuesto, sin defenderla ni atacarla.”

Resulta de aquí que el colega sabe y no sabe que se enseñe aquella doctrina; porque eso de exponerla, sin defenderla ni atacarla, “así, sin comprenderse, a estilo de gentes duchas”, nos parece que no ha de ser sólo por vía



de recreo o de pasatiempo, sino como quien quiere y no quiere, y a ver si *prende*. Cabalmente en este caso es cuando los discípulos deben provocar la discusión, para que el maestro emita francamente su juicio, y no los deje en la duda de si la doctrina que expone tan mansamente, es aceptable o debe combatirse.

Esperamos que estas nuestras indicaciones merezcan también un estrepitoso aplauso de nuestro colega *La Libertad*.

•

LA "LIBERTAD" Y SU DARWIN

Terrible efecto causan en nuestro colega los argumentos tomados de sus propias palabras; quisiera que al usar de ellos se nos pudiera declarar objeto de *patología mental*. Tiene razón; son tantas las prendas que nos suelta, que cada nuevo artículo es un verdadero arsenal de donde podemos tomar armas cada vez mejores para batirlos victoriosamente. El *ex te* debe ser su continua pesadilla; pero, aunque lo repugne en su suelto de ayer, que contestamos ahora, es ese *ex te* en la prueba plena de la confesión judicial entre los escritores. Sentimos, por lo mismo, el no poder dejar de usarlo, como lo indica, retorciendo, no torciendo sus argumentos.

En cuanto a lo demás que le dijimos, hay que advertir que, aceptado por él que el hombre y el mono descienden *de un mismo tronco*, al juicio de nuestros lectores dejamos la consecuencia que se deduce, y además les ofrecemos la consideración de que *La Libertad*, que cree haber visto desarrollada la doctrina darwinista en Haeckel que nos hace descender de los *ajolotes* y *catarrinos*, se empeña en considerar como una calumnia al escritor inglés el decir que nos hace descender del mono. Esta razón la presentamos entonces como una deducción de las mismas palabras de *La Libertad* por más que ella quiera valorizarla como nuestro argumento único, aunque bien pudiera serlo por su fuerza concluyente. Recuerde que a renglón seguido le estampamos la *cita textual* que con tanto encarecimiento nos pedía.

A vista de la cita, *La Libertad* se confunde, se enreda más y más y dice cuanto no nos atrevíamos a esperar. Para desvirtuar la fuerza del texto de Darwin dice que lo traducimos mal y que *souche simienne* significa cosa bien diferente. Para que se vea cómo llegó a cegarse hasta hablar enteramente por nosotros, cuando creía batirnos, es necesario oírla: "*La souche simienne*, esto es, el tronco o fuente o *rama simiana* es el origen de los hombres y de los monos, pero *no es* los monos"; y luego citando otro trozo de Darwin, que



nosotros no transcribimos y por el que le damos las gracias, dice: que “*la familia de los simiadeos a que pertenece el hombre, se dividía en grupo catarrino o MONOS DEL ANTIGUO MUNDO*”; y en otra parte dice que el hombre, bajo el punto de vista GENEALÓGICO, debe ser clasificado en esa división catarrrina, es decir, en la de los MONOS del Antigua Mundo.

Tal es la doctrina del gran sabio, y *La Libertad* dice que “*a su humilde juicio es la única científica expuesta hasta hoy sobre el origen de las especies.*”

Dejaremos, pues, a *La Libertad*, que al fin ha de leer, algún día, *pan* allí donde dice *pan*, y *vino* allí donde está escrito *vino*. También la dejaremos gozándose con Darwin de su tan ilustre ascendencia. Sí le advertimos que omitió nuestras citas que ponen más en relieve el sentido de las otras, y así se cuidó bien en no ocuparse de la cuestión darwinista sobre “*en qué momento y en qué lugar el hombre ha perdido su cubierta peluda*”, y suprimió aquella triste reflexión de su Darwin en que dice: *hemos llegado a dar al hombre una genealogía prodigiosa; pero, necesario es decirlo, de origen poco noble*. Vano es que *La Libertad* pretenda, después de esto, que nos pongamos a describirle la especie de simio que plugo a Darwin constituir como el punto de partida de los hombres y monos hermanos. Catarrino o cualquiera otro es lo mismo para lo degradante de la hipótesis que adopta ese colega.

Baste con lo dicho. Al sentido común, que mucho se habrá lastimado con que en un debate científico se presente como origen de nuestra especie racional a una especie animal, es bien patente lo que en el particular se deduce de nuestros asertos y de los de *La Libertad*. Él, que es el único juez hábil para fallar, ha visto en la doctrina darwinista lo que en todas partes se ha visto y que no alcanzan a ver nuestros contrincantes, y este punto, que ya ha prestado materia a la risa y a las picantes burlas a la culta Europa, no puede correr diversa suerte entre nosotros.

En cuanto a la palabra *darwinista* que *La Libertad* ha podido leer en nuestro suelto de ayer, en compensación a todo lo demás, de buena voluntad le concedemos el triunfo que nuestros cajistas le prepararon y que tanto saborea, y nos servimos de su advertencia para decir a nuestros lectores que pusimos en el original *darwinista* como lo pueden ver en los casos de nuestros artículos anteriores en que se ha hecho uso de ese término. No puede negar *La Libertad* que concedemos mucho, mucho.

Como lo dicho sobre la materia es bastante para el juicio público, damos por terminada la cuestión, que en rigor no necesitaba ya ni de nuestras observaciones de hoy. Continuar en cosa tan demostrada y tan resuelta sería hasta puerilidad de parte nuestra y causa de fastidio para los lectores.

Sólo añadiremos con relación al *post scriptum* de *La Libertad* una interpe-lación, ¿no podría darnos, como nosotros lo hemos hecho a nuestro turno, la



cita textual de la autorización papal a los abates Durand y Bourgeois que, según dice, puede encontrarse en la Revue du Monde Catholique?

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 31 de enero de 1878, núm. 26, p. 2 y 3.]



LA LIBERTAD:

LO HABÍAMOS PREVISTO

Tomamos de *La Voz* este párrafo:

"*Un simio*. La vecina, nuestra queridísima vecina *La Libertad*, tuvo ayer una deliciosa sorpresa, una emoción que la hizo desmayarse. Pasaba frente a su redacción un extranjero de organillo al brazo y mono al hombro, cuando éste, al ver a los respetables redactores, que estaban a la puerta del número 7, preocupados con no sabemos qué negocio, de un salto gracioso y prehistórico pasó a dar estrecho abrazo y ósculo cosquilloso a cada uno de los que con él se dicen entroncados; y luego formó entre las filas de sus hermanos, para encargarse de escribir párrafillos de selección natural.

"¿Habrás visto monillo más pretencioso? ¿Pues no es original, que se crea capaz de hombrar con los de un mismo tronco, no obstante que aún no pierde el rabo, ni se desprende de su cubierta peluda? Que llame la vecinita a un albéitar que tronche aquél, y a un barbero que afeite de pies a cabeza, y la cosa quedará arreglada."

Como a los aficionados al pulque se les conoce el soez vicio por el olor de los sudores, así a nuestro cofrade se le conocen los malos humores por el malévolo párrafo anterior. Habíamos dicho que en cuanto faltaran razones se recurriría a las redomas de hiel y de jocosidad del compañero Aguilar. Hoy presentamos la prueba de nuestros asertos. ¿Cree *La Voz* que no podíamos devolverle doblada la piadosa incivilidad anterior? Preferimos no hacerle caso.

•

ATROCIDAD

Cuenta la vecina, llena de santa ironía, que ayer pasó por frente de nuestra redacción un mono, y se coló de repente entre nosotros para escribir párrafos sobre la teoría *darwinienta*.



El hecho es perfectamente histórico: casi tanto como el de que el hombre proviene del barro merced a un resoplido; pero nuestra vecina olvidóse de decir que el susodicho mico era un platirofino, que no podía lógicamente pre-tender a la antropomorfización, y que venía en línea recta de la redacción de *La Voz*, que como saben nuestros lectores se halla en esta misma calle de las Escalerillas. Allí habrá colaborado siempre y no sabemos por qué se esca-paría ayer.

Aunque entró *hospite insalutato*, como lo cortés no quita lo valiente, le dimos asiento a nuestro lado y mientras él hacía sus monadas nosotros analizábamos en su cráneo todas las protuberancias de *La Voz de México*, pasma-dos de ver aquel curioso ejemplar de los hijos que son hermanos de sus papás. ¡Ah! Si alguna vez hemos dudado de la teoría darwinista, nos arrepentimos; ¡es pura verdad!

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 31 de enero de 1878, núm. 23, p. 3.]



LA VOZ DE MÉXICO:

LO HABÍAMOS PREVISTO

Tomamos de *La Libertad* este parrafillo publicado el martes y que nosotros parodiamos el miércoles:

“Un perroquet. La vecina, nuestra querida vecina, ha enviado ayer tarde a recibir los exorcismos de la Iglesia un hermoso animalito verde y rojo que, orondo y lleno de flores, sacudió sus plumas y recibió con júbilo el agua del hisopo, y ya sin el diablo en el cuerpo fue traído a la redacción para dictar artículos de polémica. El lorito susodicho informó *ex cathedra* a los señores redactores de *La Voz* que ellos no descienden ni pueden descender de los monos como lo ha vociferado Darwin, sino que la evolución de sus humanidades tuvo origen en los vertebrados *perruquinos* (?)

“¿Habrà lorillo pretensioso? ¿Pues no es original eso de creerse antecesor de los sesudos y anacrónicos colegas de *La Voz*?”

Esta broma, inofensiva por lo sandio, provocó la parodia que publicamos al día siguiente bajo el título de *Un simio*. Pues bien; creyéndose *La Libertad* con privilegio exclusivo para usar semejantes bromas, se amohína ridícula-mente porque se la devolvimos, y después de copiarla ayer, el siguiente des-ahoguillo que podríamos aplicarle a su párrafo *Un perroquet*:

“Como a los aficionados al pulque se les conoce el soez vicio por el olor de los sudores, así a nuestro cofrade se le conocen los malos humores por el malévoló parrafillo anterior. Habíamos dicho que en cuanto faltaran razones, se recurriría a las redomas de hiel y jocosidad. Hoy presentamos la prueba de nuestros asertos. ¿Cree *La Voz* que no podíamos devolverle doblada la piadosa incivilidad anterior? Preferimos no hacerle caso.”

Que el malicioso lector haga no más este cambio: “Cree *La Libertad*”; y el chiste es completo. Has de saber, Sánchez amigo.

Pues sin embargo del prehistórico propósito que se había formado *La Libertad* de no devolver la incivilidad y de *no hacernos caso*, allá va ese berrinchillo que soltó ayer:

“Atrocidad. Cuenta la vecina, llena de santa ironía, que ayer pasó por



frente de nuestra redacción un mono, y se colocó de repente entre nosotros para escribir párrafos sobre la doctrina *darwinista*.

“El hecho es perfectamente histórico... Pero nuestra vecina olvidóse de decir que el susodicho mico... venía en línea recta de la redacción de *La Voz*, que como saben nuestros lectores se halla en la misma calle de las Escalerillas. Allí habrá colaborado siempre y no sabemos por qué se escaparía ayer.

“Aunque entró *hospite insalutato*, como lo cortés no quita lo valiente, le dimos asiento a nuestro lado y mientras él hacía sus monadas nosotros anali-zábamos en su cráneo todas las protuberancias de *La Voz de México*, pasma-dos de ver aquel curioso ejemplar de los hijos que son hermanos de sus papás (*Y de los hermanos que partiendo de un tronco común tienen distinta des-cendencia*). ¡Ah! Si alguna vez hemos dudado de la teoría darwinista, nos arrepentimos; ¡es pura verdad!”

¡Ah! Si alguna vez hemos dudado de que *La Libertad no nos hace caso*, nos arrepentimos; es pura verdad!

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 1º de febrero de 1878, núm. 27, p. 3.]



LA LIBERTAD:

LA CUBIERTA PELUDA

Entre las cosas que nuestro falsario vecino *La Voz* no perdona a Darwin está la de haberse preguntado en qué lugar el *hombre* habrá perdido su cubierta peluda. De aquí deduce que Darwin quiso decir *dónde habrá perdido el mono* su cubierta peluda para convertirse en hombre. Así es muy fácil combatir; siempre que Darwin diga *hombre*, léase *mono*, y cuando *souche simienne* póngase *monos*, y los beatos se pasmarán ante tales estratagemas.

Pero puesto que *La Voz* da por terminada la cuestión, que esperábamos prolongar para solaz de nuestros lectores, allá va esta cita:

“La conclusión fundamental a que hemos llegado en esta obra, a saber QUE EL HOMBRE DESCIENDE DE ALGUNA FORMA DE UNA ORGANIZACIÓN INFERIOR, va a ser muy desagradable para ciertas personas, y esto lo digo con pesar. Y sin embargo, no cabe duda alguna sobre que entre nuestros ascendientes contamos razas de bárbaros. Jamás podré olvidar la sorpresa que experimenté al contemplar por vez primera una reunión de fueguianos sobre una ribera salvaje y árida, porque en el acto me vino el pensamiento de que tales fueron nuestros antepasados. Aquellos hombres completamente desnudos, pintarrajeados, con las espesas y repugnantes cabelleras largas enmarañadas, la boca llena de espuma, y tenían una expresión salvaje, desconfiada, espantada y espantosa. No poseían arte ninguno y vivían como bestias salvajes con lo que podían atrapar al paso. Privados de toda organización social, eran implacables con todo el que no formaba parte de su pequeña tribu. Aquel que haya visto un salvaje en su país natal no sentiría vergüenza alguna de reconocer que puede muy bien circular por sus venas la sangre de algún ser inferior. Por mi parte, yo quería más bien descender del pequeño mono heroico que afrontó a su terrible enemigo para salvar a su guardián; o del viejo babuino que descendiendo de las alturas cargaba triunfalmente a su joven camarada después de haberle arrancado a la furia de una jauría de perros asombrados, que no de un salvaje que se deleita en torturar a sus enemigos, se entrega a sacrificios sangrientos, practica el infanticidio sin el



menor escrúpulo, trata a sus mujeres como a esclavas, y falto de todo pudor, de toda decencia, tiene por suyas las más groseras y absurdas supersticiones.

“Se puede muy bien perdonar al hombre que se sienta orgulloso de haberse elevado, si bien no por sus propias fuerzas, a la cima verdadera de la escala orgánica, y el hecho de que se haya así levantado en lugar de haber sido puesto en ella primitivamente puede hacerle esperar un destino todavía más alto en un remoto porvenir. Pero no es éste el lugar de ocuparnos de temores ni esperanzas, sino solamente de la verdad en los límites en que nuestra razón nos permite descubrirla. Hasta donde ha estado a mi alcance he procurado dar las pruebas de lo dicho. Parece que debemos reconocer que el hombre con todas sus nobles cualidades, la simpatía que experimenta por los más degradados, la benevolencia que hace extensiva no sólo a sus semejantes sino también a los seres vivientes más humildes, la *inteligencia divina* que le ha permitido penetrar los movimientos y la constitución del sistema solar, con todas sus facultades, en fin, de un orden tan eminente, el hombre, repito, conserva aún en su sistema corporal el sello indeleble de su origen inferior” (Darwin, *Descendance de l'homme*, París, 1872, t. 2º, pág. 426.)

Ésta es la mejor justificación que puede haberse proporcionado Darwin contra los que le atribuyen el haber afirmado que el hombre desciende del mono. Ha afirmado que entre sus ascendientes podrían encontrarse alguno de formas *simiadeas*, pero éstos no son precisamente monos; porque los monos, por más que se escandalice *La Voz*, son considerados como hermanos y no como padres del linaje humano.

Desde Lineo acá los hombres y los monos están comprendidos por todos los naturalistas en un orden especial de la clasificación zoológica. Darwin se ha limitado a probar que las leyes a que la clasificación tuvo que sujetarse por el método natural no son simples coincidencias fortuitas agrupadas luego artificialmente, sino analógicas reales y naturales, anatómicas, fisiológicas, embriológicas y ontogénicas.

Por lo demás, la cubierta peluda de los antecesores del hombre, incluso los de *La Voz*, no necesita demostrarse recurriendo a los simiadeos de la época terciaria. Entre los hombres de la cuaternaria los había totalmente peludos como pueden enseñárselo a *La Voz* los libros de Lubbock, Lyell, Virchow, Broca, Topinard, de Quatrefages y cuantos se han ocupado de cuestiones de antropología prehistórica.

La Voz quiere que en cambio de su *cita textual* le demos la de la autorización papal a los abates Durand y Bourgeois. Como esa cita textual fue una imprudente falsificación no queremos darnos el trabajo de buscar la que se nos pide y que sólo interesa a *La Voz*. Sólo nos limitamos a asegurar que si



La Voz la niega terminantemente probará que no conoce los descubrimientos del abate Bourgeois ni las polémicas a que han dado lugar entre los geólogos libres y los teológicos.

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 1º de febrero de 1878, núm. 24, p. 1.]



LA VOZ DE MÉXICO:

A DARWIN

¡Gloria al genio inmortal! ¡gloria al profundo
Darwin que de este mundo
Penetra el hondo y pavoroso arcano!
¡Que removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
El abolengo del linaje humano!
Puede el necio exclamar en su locura:
—¡Yo soy de Dios hechura!—
Y con tan alto origen darse tono.
¿Quién, que estime su crédito y su nombre,
No sabe que es el hombre
La natural transformación del mono?
Con meditada calma y paso a paso,
cual reclamaba el caso,
Llegó a tal perfección un mono viejo:
Y la vivaz materia por sí sola
Le suprimió la cola,
Le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.
Esa invencible fuerza creadora,
Siempre viva y sonora,
Música, verbo, pensamiento alado:
Ese trémulo acento en que la idea
Palpita y centellea
Como el soplo de Dios en lo creado;
(Hablo de Dios, porque lo exige el metro,
Mas tu perdón impetro
¡Oh formidable secta darwiniana!)
Ese sonido, como el sol fecundo,
que vibra en todo el mundo



Y resplandece en la palabra humana;
Esa voz, llena de poder y encanto
Ese misterioso, santo,
Lazo de amor, espíritu de vida,
Ha sido el grito de la bestia hirsuta,
En la cóncava gruta
De los agrestes bosques escondida.
¡Ay! si es verdad lo que la ciencia enseña,
¿Por qué se agita y sueña,
El hombre, de su paz fiero enemigo?
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma
El genio que le abruma?
¿Fuerza o debilidad? ¿Premio o castigo?
¡Honor, virtud, ardientes devaneos!
¡Imposibles deseos!
¡Loca ambición! ¡Estéril esperanza!
¡Horrible tempestad que eternamente
Perturbas nuestra mente,
Con acentos de amor o de venganza!
¡Conciencia del deber que nos oprimes!
¡Ilusiones sublimes
Que a más alta región tendéis el vuelo!
¿Qué sois? ¿Adónde váis? ¿Por qué os sentimos?
¿Por qué crimen perdimos
La inocencia brutal de nuestro abuelo?
Ajeno a todo inexcrutable arcano,
Nuestro Adán cuadrumano,
En las selvas perdido y en los montes,
De fijo no estudiaba ni entendía,
Esta filosofía,
Que abre al dolor tan vastos horizontes.
Independiente y libre en la espesura,
No sufrió la amargura
Que nos quema y devora las entrañas, Dábanle
el bosque entretejidas frondas,
El río claras ondas,
Aire sutil y puro las montañas,
La tierra, a su elección, como en tributo,
Dulce y sabroso fruto,



Música el viento susurrante y vago,
Su luz fecunda el sol esplendoroso,
 La noche su reposo
Y limpio espejo el cristalino lago.
En su pelliza natural envuelto,
 Gozaba alegre y suelto
De su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
 Y su rústica estancia,
Lo que la vida le duraba el traje.
Desconoció la púrpura y la seda.
 No inventó la moneda,
Para adorarla envilecido y ciego
Ni se dejó coger como un idiota,
 Por una infame sota
En la red del amor o en la del juego.
No turbaron su paz ni su apetito
 Este anhelo infinito,
Esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! ni a pedazos le arrancó del alma
 Su candorosa calma,
El demonio implacable de la duda.
Y en esas lentas y nocturnas horas,
 negras, abrumadoras,
En que la angustia nos desgarrar el pecho,
Con tu mirada impenetrable y triste
 Nunca te apareciste
¡Oh desesperación junto a su lecho!
No buscó los laureles del poeta,
 Ni en su ambición inquieta
Alzó sobre cadáveres un trono.
No lo acosó remordimiento alguno,
 No fue rey ni tribuno,
¡Ni siquiera elector! . . . ¡Dichoso mono!
En la copa de un árbol suspendido
 Y con la cola asido,
Extraño a los halagos de la fama,
Sin pensar en la tierra ni en el cielo,
 Nuestro inocente abuelo,



La vida se pasó de rama en rama.
Tal vez enardecida y juguetona
 Alguna virgen mona
Prendióle astuta en sus amantes lazos, Y
más fiel que su nieta pervertida,
 Ni le amargó la vida,
Ni le hirió el corazón con sus abrazos.
Y allí, bajo la bóveda azulada,
 En la verde enramada,
A la sonora margen de los ríos,
Adormecidos con los trinos suaves,
 De las canoras aves,
Ocultas en los árboles sombríos;
Allí, donde la gran naturaleza
 Descubre la belleza
De su seno inmortal, siempre fecundo,
En deliquios ardientes y amorosos,
 Los dos tiernos esposos
Engendraron al árbitro del mundo.
¡Al árbitro del mundo! . . . ¡Qué sarcasmo!
 Perdido el entusiasmo,
Sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
Cuando le borre su divino emblema
 Esa ciencia blasfema,
Como la piedra rodará al abismo.
Caerá de sus altares el derecho
 Por el turbión deshecho;
La libertad sucumbirá arrollada
Que cuando el alma humana se oscurece
 Sólo prospera y crece
La fuerza audaz de crímenes cargado.
¡Ay, si al romper su religioso yugo
 Gusta el pueblo del jugo
Que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡Ay, si olvidando la celeste esfera
 El hijo de la fiera
Sólo a su instinto natural responde!
¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
 Le bestia no tenía



LA POLÉMICA DEL DARWINISMO EN MÉXICO

Ni dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
Quizás Europa alumbre
Con el voraz incendio tus ciudades.
¡Batid gozosos las sangrientas manos,
Déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma,
Que el hombre a la razón dobla su frente;
Mas sólo el hierro ardiente
La hambrienta rabia de las fieras doma.

Gaspar Núñez de Arce

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 2 de febrero de 1878, núm. 28, p. 2-3.]



LA LIBERTAD:

La vecina, no teniendo empacho alguno en falsificar los textos de los autores que cita, tampoco lo tiene en calumniar a los que no puede vencer con las armas de la razón.

Ayer vuelve a asegurar que en la Preparatoria se enseña que el hombre proviene de los *ajolotes*.¹ Si no prueba su aserto, *La Voz* quedará como calumniadora, una vez más.

Esto no lo sabrán las beatas a quienes pasma con sus consejas, pero será verdad.

*

ECOS DE TODAS PARTES

Continúa la vecina haciendo su inútil propaganda contra la Preparatoria. Después de haber inventado aquello de los estudiantes que iban a entablar polémica con sus profesores —conseja de que todos se han reído a mandíbula batiente—, pretende recordar ahora a los estudiantes que son válidos los estudios hechos en cualquier establecimiento con tal de examinarse en la Escuela Nacional.

¡Vecina! ¡Si lo saben perfectamente y sin embargo no le hacen caso a usted! ¿Para qué disimular una impotencia de que todos se ríen y que sólo contribuye a fomentar la ictericia de usted?

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 3 de febrero de 1878, núm. 26, p. 1 y 3.]

¹ *Nota del Editor*. Se refieren a un artículo contra la Escuela Preparatoria publicado en *La Voz de México*, v. IX, 2 de febrero de 1878, núm. 28, p. 1, que tiene el siguiente párrafo: "No deja de ser graciosa esa libertad de enseñanza que tiene por cárcel la Escuela Preparatoria, por trifaucé carcelero a don Gabino Barreda y por mezquino y asqueroso rancho a Hill, a Bain, Ahrens, Bentham, y a última hora el *garrido vate* [Justo Sierra] que nos quiere hacer descender de los *ajolotes*."



LA VOZ DE MÉXICO:

UN NUEVO LIBRO DE TEXTO EN LA PREPARATORIA Y "LA LIBERTAD"

Nada nos complace tanto como el hallar en los escritos de nuestros adversarios, y precisamente cuando se esfuerzan más en combatirnos, nuevas y vigorosas pruebas de nuestras aserciones. Esto precisamente ha sucedido en el artículo que *La Libertad* nos dedica sobre el juicio que emitimos acerca del nuevo texto que para la cátedra de historia en la Escuela Nacional, escribe el profesor que actualmente la sirve.

Se recordará que en nuestras observaciones, publicadas el día 25 del mes pasado, demostramos inconcusamente que la doctrina que en el expresado libro se contiene, bajo el aspecto religioso, la encontramos explícitamente anticatólica, objeto en las prohibiciones de la Iglesia, y digna, por lo mismo, de la reprobación de los católicos, y bajo el aspecto científico con aberraciones tales, que merece la más severa censura de la verdadera ciencia. A estos dos puntos se refirieron las reflexiones y pruebas allí expuestas, y que, a nuestro juicio, constituyen una completa demostración.

El artículo en que *La Libertad* nos combate, sin tocar en el fondo las razones del nuestro, pues no *emprende la inútil tarea de deshacer uno por uno nuestros argumentos*, nos da nuevas y muy poderosas pruebas de lo anticatólico y nada científico del contenido de la obra.

Nos parece de suma importancia el primer punto, que tal vez vea con desdén nuestro adversario, porque el orden religioso en sus doctrinas, en sus prácticas, en sus apreciaciones filosóficas o científicas, es, sobre todo cuanto existe, lo de más interés para el hombre y para la sociedad. La verdad religiosa, que ha de ser una sola, importa que sea conocida, conservada y defendida, porque ella es el punto de partida de toda moralidad en el orden privado, y toda justicia y estabilidad en el orden social. Nada más insensato, que la indiferencia sobre materia que encierra los elementos todos de bienestar y de felicidad, así domésticos como públicos.

Además, en una nación uniformemente católica y en que alguna falsa secta que se ha querido implantar sólo ofrece el aspecto de un microscópico



y ridículo engendro, permitido tal vez por la Providencia únicamente para que realce más el vigor y la unidad católicos, la expresión de "*las diversas iglesias que se comparten el dominio espiritual*", así como otras semejantes de nuestro lenguaje liberalesco, son frases, buenas para ser leídas sin que asome la risa a los labios allá en la China o en otro lejano país en que sólo se conoce el nombre de México; pero no serán otra cosa que expresiones de una comedia política entre nuestros compatriotas. Aquí, pues, entre católicos, que por el conocimiento que se tiene de la verdad de la religión que se profesa, y por los innumerables bienes que ella ha producido y produce diariamente se profesa no sólo con fe sino con la estimación correspondiente a tales circunstancias, el herir a esta religión divina bajo el pretexto de una ciencia, por otra parte notoriamente falsa, es lastimar en lo más vivo el sentimiento nacional, y la obligación de defender esa religión así atacada y de protestar por ese sentimiento religioso de los mexicanos de esa manera ofendido es lo que nos hace fijarnos más y más en el primer objeto de nuestra demostración. Además, de nuestro deber es el señalar a los católicos aquellos innumerables escollos con que tropezará la religiosidad de sus hijos en la enseñanza que se da en las escuelas nacionales, y a ellos, en especial, es a quien se dirigen todas nuestras observaciones.

Bajo estos antecedentes, decimos que el carácter explícitamente anticatólico de la doctrina contenida en la obra citada está confirmada de una manera casi auténtica en el artículo de *La Libertad* a que nos referimos. Al explicar los móviles que han influido en el plan que va desarrollando el autor en el compendio de historia dice que por ellos debió prescindir de tocar cuestiones religiosas y de *enseñar religión alguna, sobre todo*, porque cada quien debe seguir la religión que mejor le parezca, porque *si bien en muchos casos la ciencia está de acuerdo con las hipótesis religiosas* suele suceder que se hallen en *abierta contradicción*; y, según se expresa después, "*las creencias religiosas seguirán en adelante el camino que la ciencia les ordene*". Si todas estas consideraciones, que determinaron al autor a escribir en la forma que lo hizo no son radicalmente anticatólicas, no hay ya cosa a que pueda darse semejante nombre. Añadiendo a todo eso la denominación de *mitos* más o *menos ingeniosos* y de *leyendas* que, al tratarse del origen de las lenguas, se da a la narración de los libros santos sobre la torre de Babel y confusión de las lenguas, calificación que, según *La Libertad*, se halla en la doctrina expuesta en el libro que defiende, se verá que nada más se necesita para confirmar el juicio que hemos emitido sobre su profunda irreligiosidad.

Para que nada falte sobre este punto, la misma *Libertad*, que sabe bien lo que se enseña y lo que se procura en la Escuela Preparatoria, dice serle



sensible que las *familias tropiecen con tales obstáculos*, y luego les hace una inculpación que quizá les abra más los ojos, siquiera por venir de los mismos propagadores de la impiedad: "*culpa suya será*, dice, refiriéndose a esas familias, *si por resistirse a la preponderancia que la ciencia debe ejercer en todos los dominios, ponen a los jóvenes en tal alternativa*".

Tengan presente, por lo mismo, las familias católicas que *La Libertad*, que representa muy bien a la Preparatoria porque su redacción se compone de algunos de sus principales profesores y que conoce por lo mismo el espíritu que allí domina y el plan que preside a la instrucción, dice terminantemente que si las doctrinas que allí se enseñan se *contradicen con la enseñanza religiosa que dan o deben dar las familias en el hogar, y en el ánimo del educando germinará la duda y no sabrá a qué atenerse en materia de religión... eso no es de la incumbencia del profesor... será culpa de las familias... que ponen a los jóvenes en tal alternativa*.

En cuanto a las aberraciones científicas de la obra bastaría lo expuesto en nuestro anterior artículo, en que manifestamos lo extravagante de las *puras hipótesis, conjeturas*, de esas *fórmulas provisionales* de la ciencia moderna, que, como puras creaciones de una fantasía exaltada, se multiplicarán hasta el infinito sin perder su natural carácter, y que constituyen todo el fondo de doctrina a que entonces nos referimos, así como las flagrantes contradicciones en que se incurre; pero no queremos omitir una reflexión a que nos da lugar lo que después ha dicho *La Libertad* y que, si por una parte demuestra el carácter irreligioso de la obra, por otra le da un golpe mortal bajo su aspecto científico, propio de la especial materia que contiene.

Siendo un compendio de historia, en él debe resaltar ante todo el primer atributo de la historia, que es la verdad y la más absoluta imparcialidad. Pues bien, *La Libertad* nos lo dice y debemos creérselo, porque además lo hallamos confirmado en el texto, según ya lo dijimos anteriormente: la obra fue escrita con un *designio*, y la historia que se escribe con un *designio especial* ya perdió por el mismo hecho su título propio. Y ese designio es nada menos que el que hoy sirve de lema a su partido político y el que ha provocado y sostenido la desastrosa revolución de nuestros días. Llevar hasta la historia la separación de la Iglesia del Estado, el desconocimiento de la verdad religiosa y todo lo demás que con esto se relaciona, es escribir, en asunto que debería ser tan neutral, con la pluma del partidario y no con la del historiador. Desde luego se comprenderá que las pasiones políticas e irreligiosas teñirán con su colorido propio todos los sucesos, y todo se hallará allí menos una cosa que merezca el nombre de historia. Semejante confesión de *La Libertad* bastaría



por sí sola para condenar el libro, sin necesidad de las otras razones que hemos aducido.

Con respecto a aquella burlesca especie de que el hombre “por una inspiración por las narices tuvo alma y vida”, es ya bien sabido que pasó su tiempo al volterianismo, que su estilo huele mal en cualquiera sociedad culta, y que la razón repugnará siempre el que al tocar cosas respetables o sagradas para todos acuse de lo que, con propio nombre, sólo se puede llamar chocarrería.

Nos causa extrañeza cierta movilidad que observamos en nuestro adversario. Apasionado por Darwin, dice, sin embargo, como en defensa de Huxley, que no es *darwinista*; le parece mal que tachemos de materialista a Tyndall, a aquel naturalista que cree que por la cristalización pueden formarse hasta los vegetales y animales; y por último, hace protesta de creer en la inmortalidad del principio inteligente y responsable (¿ese principio inteligente, inmortal y responsable habrá venido también de los ajolotes y catarrinos?), y esto cuando el conjunto de doctrinas que explana van precisamente a terminar en el materialismo y en el ateísmo. Además, le falta a cada paso la memoria, pues mientras asegura un día que Huxley no es *darwinista*, al siguiente asienta paladinamente que sigue a Darwin por *reconocer su teoría como la única ver-daderamente científica*. No se puede saber, por lo mismo, cuál es su posición definitiva en varios puntos; versatilidad muy propia del error, que no siempre ve lo mismo y que tiene fases diversas para presentarse.

Con lo expuesto creemos haber terminado lo concerniente al examen del nuevo texto de la Escuela Preparatoria, defendido por *La Libertad*. Suficiente nos parece lo dicho para que la sociedad juzgue sobre la materia y, por lo mismo, damos punto a este particular. Estamos lejos de creer que la razón la tiene el último que hable. El peso de las razones y no el aparato, ni la insistencia ni la multitud de las palabras es lo que debe determinar un juicio decisivo.

[FUENTE: *La Voz de México*, v. IX, 5 de febrero de 1878, núm. 29, p. 1-2.]



LA LIBERTAD:

EL COMPENDIO DE HISTORIA Y LA VOZ DE MÉXICO

Más vale tarde que nunca, dice el adagio, y así dijimos nosotros cuando hubimos leído en *La Voz de México* de antier, un nuevo artículo sobre la enseñanza de la historia, que es una réplica a nuestra contestación sobre el mismo punto. No sin placer, y como para confirmarnos más en que los singulares resultados de la enseñanza superficial y dogmática de los seminarios ponen a los que la siguen en una condición intelectual muy inferior, hemos visto en el nuevo artículo una prueba irrefragable de que la verdadera ciencia es casi desconocida para quienes todo quieren decidirlo a fuerza de deducciones católicas, que en realidad nada significan. Cuando la *Biblia* va de acuerdo con la historia, por ejemplo, el historiador debe limitarse a hacer constar el hecho con la misma imparcialidad que si se tratara de las *listas* de Manethon o la *Farsalia* de Lucano; cuando no, ridículo y contraproducente sería torturar la historia para arrancarle un aborto milagroso en favor de la teología.

Así, pues, si en nuestra réplica anterior nos abstuvimos de acometer la ímproba tarea de deshacer uno por uno los pretendidos argumentos científicos de nuestro contrincante fue porque en realidad éstos ni son argumentos ni menos científicos. Que en un compendio de "Historia general" escrito con estricta sujeción a los datos positivos que la ciencia suministra, y previo análisis de las más recientes y dignas investigaciones, no se puede comenzar con las escenas del paraíso es evidente, porque no existe prueba alguna de la existencia de tal paraíso; que tratándose del origen del hombre, y en general de todos los seres, no puede escribirse seriamente que fueron amasados con barro y que datan de 6000 años apenas, es inconcuso, porque ni el cuerpo se compone de barro ni los vestigios prehistóricos caben dentro de tan insignificante periodo cronológico; que no se pueda obligar a los alumnos a admirar a profetas que predicán la muerte y el exterminio de personas indefensas y aun las matan con sus propias manos es indudable, porque no se ha probado que sea buena la venganza ni acto laudable el asesinato. Así, el historiador que tiene por designio el de ser fiel a la verdad, por más que esto irrite y



escandalice a *La Voz de México*, debe mirar con indiferencia estos aspavientos de la impotencia y proseguir su camino, que es el bueno.

La Voz cree que no debe enseñarse como ciencia lo que puede estar en contradicción con el catolicismo; pero esto es una ilusión inofensiva que no merece los honores de la refutación. Pónese el colega en tal punto de vista que no es propio de ninguna ciencia, y ahí puede quedarse clamando en el desierto, pues ninguna persona sensata creará de veras que tales argumentos son científicos.

Ahora bien, cuando remontando el no siempre claro curso de las edades el historiador carece de datos completamente auténticos para reedificar los sucesos remotos, no debe recurrir a la fábula ni a las leyendas para completar su obra, sino a las teorías más fundadas y aun a las hipótesis, siempre que éstas sean verosímiles y sin dejar de presentarlas como hipótesis.

Llegando a la cuestión del origen de la especie humana, entre la fábula inverosímil del barro y la hipótesis darwinista no cabe lugar a duda, porque siquiera ésta se apoya exclusivamente en datos científicos, mientras que la otra es enteramente insostenible en el terreno de la ciencia. La cosmogonía bíblica es, en último análisis, un *credo* en la generación espontánea de todas las especies, y la ciencia ha relegado ya a los remotísimos orígenes de la vida en el planeta una producción que no es admisible en el génesis especial de ningún ser organizado de los que pueblan el mundo. El darwinismo se abstiene de profundizar el misterio magno del origen de la vida, pero dada ésta en seres rudimentarios, construye una teoría que, sea o no la expresión real de los hechos, es plausible y descansa en consideraciones de orden científico, que la observación y la experiencia se encargarán de refutar o de apoyar; es además la única teoría, digna de ser llamada así, que existe sobre la ontogenia universal. El historiador debe exponerla por lo mismo, y tal ha hecho el catedrático de la Preparatoria, no sin señalar que algunos sabios eminentes no van de acuerdo con ella y que en cambio muchos otros la apoyan, ilustran y tratan de completarla. Ésa es la verdad, desconocida sólo para quienes ignoran que Darwin cuenta ya entre sus prosélitos a los más insignes naturalistas de Inglaterra, Alemania, Holanda, Suiza, Rusia, Italia; y que aun en Francia y España, donde aún prepondera el cuvierismo, la doctrina transformista se va imponiendo rápidamente, y ha arrancado a sus adversarios multitud de confesiones y de desertores.

El colega ultramontano cree que en México, nación *uniformemente católica*, no se debía enseñar más historia que la que con el catolicismo estuviera de acuerdo.

Prescindiendo de rebatir esa uniformidad *supuesta*, de la cual, en *petit*



comité, no serán capaces de hablar nuestros contrincantes sino guiñándose el ojo como los augures romanos, no vemos la razón de que por estar todo el mundo en un error no debe de salir del error. Reflexiónelo bien el paladín bíblico: ni sería decoroso exigir a un profesor que enseñara cosas cuyo apocrifismo es notorio, ni se trata aquí de enseñar lo que cree *La Voz*, sino lo que cree la ciencia.

Toda la argumentación de nuestros adversarios se reduce, pues, a vanas declamaciones y a aconsejar a las familias que no envíen a los jóvenes a la Preparatoria. Las familias decidirán, y a juzgar por los ímpetus de nuestra vecina, no está muy conforme con el éxito de su propaganda; pero aun cuando el fanatismo y la ignorancia preponderaran, el profesor debería preferir quedarse solo a enseñar, a título de ciencia, consejos que ya no tienen crédito alguno ni pueden provocar más que explosiones de risa.

En cuanto al alma de los ajolotes y los catarrinos, al burlarse de ella *La Voz* prueba que no ha leído a los Padres de la Iglesia, pues entre los más ilustres de ellos, y de más autoridad católica, los habría encontrado que creían en esa alma inmortal y progresiva. *

[FUENTE: *La Libertad*, año 1, 7 de febrero de 1878, núm. 28, p. 1.]

* Respecto a Tyndall, *La Voz* misma ha publicado palabras suyas contra el materialismo; y por lo que toca a Huxley sepa el colega que este sabio *dice* que el darwinismo no debe aceptarse sino con tales y cuales reservas.